



Dipòsit digital
de documents
de la UAB

This is the **published version** of the bachelor thesis:

Marca Marzo, Andrea; Paradela López, David, dir. Introducción, análisis y propuesta de traducción de un cuento de Angela Carter : The snow pavilion. 2015. (1202 Grau en Traducció i Interpretació)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/147008>

under the terms of the license

**INTRODUCCIÓN, ANÁLISIS Y
PROPUESTA DE TRADUCCIÓN DE
UN CUENTO DE ANGELA CARTER:
«THE SNOW PAVILION»**

101486 - Treball de Fi de Grau

**Grau en Traducció i Interpretació
Curs acadèmic 2014-15**

**Estudiant: Andrea Marca Marzo
Tutor: David Paradela López
10 de juny de 2015**

**Facultat de Traducció i d'Interpretació
Universitat Autònoma de Barcelona**

Dades del TFG

Títol: Introducción, análisis y propuesta de traducción de un cuento de Angela Carter: «The Snow Pavilion»
Autor: Andrea Marca Marzo
Tutor: David Paradela López
Centre: Facultat de Traducció i d'Interpretació
Estudis: Grau en Traducció i Interpretació
Curs acadèmic: 2014-2015

Paraules clau

Angela Carter, The Snow Pavilion, Burning Tour Boats, cuento, traducción, literaria, inglés, español, análisis, biografía.

Angela Carter, The Snow Pavilion, Burning Your Boats, short story, literary, translation, English, Spanish, analysis, biography.

Resum del TFG

En este trabajo se expone una propuesta de traducción inglés-español de un cuento inédito de la autora británica Angela Carter, «The Snow Pavilion» (7.243 palabras). Este relato forma parte del libro *Burning Your Boats*, que reúne la colección completa de cuentos de la autora. Se introduce a la autora y a su obra y se analiza el relato, tanto a nivel contextual como a nivel formal y estético. Después de la traducción, se describen los problemas que han aparecido durante el proceso, el método empleado para llegar a una solución adecuada y el resultado final.

This work presents a translation proposal from English to Spanish of an unpublished short story by the British writer Angela Carter, «The Snow Pavilion» (7.243 words). This story belongs to the book *Burning Your Boats*, which puts together the whole collection of Carter's short stories. It introduces the author and her works, then analyzes the story, both in a contextual level and in a formal and aesthetic level. After the translation, it describes the problems that have appeared during the process, the method used to reach an acceptable solution and the final result.

Avís legal

© Andrea Marca Marzo, Barcelona, 2015. Todos los derechos reservados.
Ningún contenido de este trabajo puede ser objeto de reproducción, comunicación pública, difusión y/o transformación, de forma parcial o total, sin el permiso o la autorización de su autor/a.

© Andrea Marca Marzo, Barcelona, 2015. All rights reserved.
None of the content of this academic work may be reproduced, distributed, broadcast and/or transformed, either in whole or in part, without the express permission or authorization of the author.

Índice

Introducción	3
Biografía	4
Análisis del texto.....	6
Traducción: «El pavellón nevado»	8
Análisis de la traducción	26
Problemas de comprensión.....	26
Problemas de transferencia.....	28
Problemas de reexpresión.....	30
Reflexión final	33
Bibliografía.....	34
Obras de Angela Carter en castellano	34
Obras de Angela Carter en catalán	35
Diccionarios y obras de referencia.....	35
Obras de consulta general.....	35
Anexo: Cuento original.....	38

Introducción

Este trabajo tiene como objetivo la traducción de un texto de género literario del inglés al español. Para ello, hemos tomado un cuento inédito de la autora británica Angela Carter. Después de los cuatro años del Grado de Traducción e Interpretación, este proyecto se presenta como una oportunidad para demostrar lo aprendido y reflejar los conocimientos, tanto prácticos como teóricos, aprendidos hasta ahora.

La actividad de traducir, sin embargo, no se limita al resultado final, sino que es necesario tener en cuenta todo el proceso que se encuentra detrás. Partiendo del hecho de que nuestro texto original es un texto del ámbito editorial, hemos elaborado una biografía de la autora, que nos proporciona información, no solamente de su vida y obra, sino también de aquellos hechos que han influenciado su estilo y que pueden aparecer, directa o indirectamente, en su literatura. Además, la biografía nos ayuda a situar su obra en un contexto histórico, geográfico y social que, en muchos casos, puede ponerse de manifiesto.

Después de leer, analizar y situar el relato en un marco definido, empieza el proceso de traducción en sí. Es en este momento cuando surgen dudas y problemas de traducción. Dichos problemas se han clasificado en: problemas de comprensión, de transferencia y de reexpresión. Cada uno debe solucionarse de manera individual, sin dejar de lado el estilo y estructura original, características que definen al autor y hacen de su obra algo único.

Biografía

Angela Carter

Escritora, traductora, periodista y profesora, Angela Carter nació el 17 de mayo de 1940 en Sussex, Inglaterra. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial se fue a vivir con su abuela a Yorkshire. Estudió literatura inglesa en la Universidad de Bristol, con una especialidad en literatura medieval, y aprendió francés y alemán durante sus muchos viajes por Europa.

Se casó a los veinte años con Paul Carter. En 1966 publicó su primera novela, *Shadow Dance* y un año después, *The Magic Toyshop*, que fue galardonada con el premio John Llewelly Rhys y, posteriormente, adaptada a película. Siguió los pasos de su padre y se dedicó al periodismo. Publicó dos novelas más, *Several Perceptions* (1968), novela que ganó el premio Somerset Maugham, y *Heroes and Villains* (1969). Se separó de su marido ese año, momento en el que viajó a Japón y se quedó a vivir durante tres años mientras trabajaba de reportera. De sus experiencias en el país del sol naciente surgió *Love* (1971), *The Infernal Desire Machines of Doctor Hoffman* (1972) y su primera colección de cuentos, *Fireworks: Nine Profane Pieces*. (1974)

En 1972, volvió a Inglaterra y se divorció. Poco después empezó a escribir artículos de manera regular para la revista sobre política *New Society*. Se casó de nuevo con Mark Pearce en 1977 y tuvo un hijo. En 1977 escribió *The Passion of New Eve*, en 1978, su ensayo crítico más famoso y controvertido, *The Sadeian Woman and the Ideology of Pornography* y en 1979, otro libro de cuentos, *The Bloody Chamber*, que obtuvo el premio literario Cheltenham Festival.

Impartió clases en la Universidad de Brown, la Universidad de Adelaida, la Universidad de East Anglia y la Universidad de Sheffield. En 1984 escribió *Black Venus, Come into These Yellow Stands: Four Radio Plays* y *Nights at the Circus*, que ganó el premio James Tait Black Memorial. En 1990, publicó *The Virago Book of Fairy Tales* y un año después, *Wise Children*, su última obra. Ese mismo año, le diagnosticaron cáncer de pulmón y murió en 1992 en Londres, a los 52 años.

Además de las obras mencionadas, publicó en otros géneros: en poesía, *Five Quiet Shouters* (1966) y *Unicorn* (1966); en obra dramática, *The Curious Room: Plays, Film Scripts and an Opera* (1996) y *The Holy Family Album* (1991); en literatura infantil, *The Donkey Prince* (1970), *Miss Z, The Dark Young Lady* (1970), *Comic and Curious Cats* (1979) y *Moonshadow* (1982); en ensayo, *Nothing Sacred: Selected Writings* (1982) y *Expletives Deleted* (1992); y en antología, *Wayward Girls*

and Wicked Women: An Anthology of Subversive Stories (1986) y *The Secord Virago Book of Fairy Tales* (1992). También hizo guiones para televisión y radio. Como traductora, publicó *The Fairy Tales of Charles Perrault* (1977) y *Sleeping Beauty and Other Favourite Fairy Tales* (1982).

A pesar de su pronto fallecimiento, tuvo una carrera profesional muy prolífica, polifacética y llena de éxitos. Sus obras son reflejo de sus particulares gustos y las experiencias que han marcado su vida: desde la literatura medieval al folklore popular, la época victoriana, la obra del Marqués de Sade, el feminismo, el periodismo y el realismo mágico. En palabras de la misma Carter: «Books about books is fun but frivolous». Autora que usaba el un tono fantástico para mostrar la realidad, obtuvo en 2008 el décimo puesto en la lista de «Los 50 mejores escritores británicos desde 1945» confeccionada por *The Times*.

Análisis del texto

«The Snow Pavilion» es un relato que forma parte del libro de cuentos completos de Angela Carter *Burning Your Boats: The Collected Short Stories* (1995). Esta obra póstuma incluye todas las colecciones de relatos de la autora: *Fireworks: Nine Profane Pieces* (1974), *The Bloody Chamber and Other Stories* (1979), *Black Venus* (1985) y *American Ghosts and Old World Wonders* (1993). Además, reúne seis cuentos, tres de ellos clasificados como «early work» (1962-1966) y otros tres, como «uncollected stories» (1970-1981). De estos seis, cinco habían aparecido en publicaciones y antologías pero nunca en un libro de Carter. El último que queda es «The Snow Pavilion», el único cuento inédito que podemos encontrar en este libro.

Los libros de cuentos han sido publicados en castellano por Ediciones Minotauro, sello de Grupo Planeta, como la mayoría de la obra de ficción en prosa de Carter. *La cámara sangrienta* también ha sido publicada recientemente por Sexto Piso. En catalán apenas hay obras traducidas, solamente dos de ellas (véase la relación de obras traducidas en la bibliografía). Por tanto, «The Snow Pavilion» es uno de los seis cuentos que cumplían los requisitos idóneos para llevar a cabo este trabajo.

Mediante el estilo habitual de la autora, este cuento se desarrolla en un escenario mágico, que va transformándose de realista a fantástico. Uno de sus temas recurrentes, el feminismo, no aparece como tema principal sino como idea de trasfondo. Sin embargo, otro tema que sí se ve claramente plasmado es el del cuento popular, al que la autora se vio fuertemente vinculada desde sus estudios de literatura medieval, sus traducciones de los cuentos de Perrault y sus versiones en *La cámara sangrienta*. El protagonista, quien sufre tentaciones y pasa por diferentes estados identificables con los pecados capitales, se va adentrando en un mundo desconocido, misterioso al principio, pero que se revela oscuro y tétrico al final. Quizás se trate de un castigo impuesto por la «bruja», tal como ocurría en las fábulas, con la intención de educar valores a los niños. Otro tema que podemos ver reflejado es el de la literatura gótica, desde el misterio al terror. Descripciones detalladas y narración en primera persona para que sea fácil sentirse dentro del cuento. Ritmo lento y tono poético hasta la ruptura del hilo narrativo, hecho que sorprende al lector. Por último, un final inesperado y abierto, sujeto a libre interpretación.

El lenguaje que utiliza Carter es de registro alto, formal y culto, por el hecho de utilizar léxico de uso literario, términos arcaicos y de origen francés y latín. También aparecen referencias culturales de tipo literario, musical e

histórico: Botticelli, Debussy, Mignon, Maiakovski, Pierrot. Además, las descripciones son recargadas, con abundante adjetivación y simbolismo.

The fields were all brim-full of snow and the dark sky of late afternoon already swollen and discoloured with the next fall. Flocks of crows wheeled endlessly upon the invisible carousels of the upper air, occasionally emitting a rusty caw. (Carter 1995, p. 515).

También encontramos figuras retóricas, como metáforas o alegorías. Este tono literario se mezcla con la voz y pensamientos del protagonista, que sólo abandona su papel de poeta en contadas ocasiones.

What an aptly fragile simile, with its Botticellian nuance. I congratulated myself. (Carter 1995, p. 516).

El narrador es el mismo protagonista que relata en primera persona y en pasado los hechos que le suceden desde que abandona la casa de su amante. Los pocos diálogos que aparecen se presentan de forma directa, indirecta e indirecta libre: el recuerdo de las palabras a Melissa y las preguntas sin respuesta en la mansión. Por último, la conversación con la anciana que se produce cerca del desenlace del relato se transmite a través la voz del narrador y en tercera persona. Todos los diálogos están integrados en la narración, es decir, no están indicados con marcas como guiones o comillas, sino que forman un monólogo.

I must follow her carefully, walk this way; she gives me a hand out of the mess, so much broken glass... take care. (Carter 1995, p. 526).

Junto con la variación en el tipo de diálogo, el uso de una puntuación característica denota que la autora usa estos elementos de forma más estética que siguiendo una normativa fijada. Es especial, la raya larga, que aparece no solamente como inciso, sino también para añadir pensamientos del narrador o simplemente para marcar una pausa larga sin romper la oración.

Whenever I woke up in Melissa's bed, the first thing I saw were a dozen pairs of shining eyes that seemed to gleam wetly, as if in lacrimonious accusation of my presence there, for the dolls, like Melissa, were perfect ladies and I, in my upwardly social mobile nakedness -- a nakedness that was, indeed, the essential battledress for such storm-troopers as I! -- patently no gentleman. (Carter 1995, p. 515).

Traducción

El pabellón nevado

El motor se caló en medio de un paisaje nevado. Atascado en una rodera, el vehículo no se movía ni un centímetro. ¡Maldición! Había planeado estar acomodado delante de una chimenea para entonces, con un whisky de malta junto a mí en la mesita de vino caoba (una pieza de coleccionista) y los cinco platos de la cena de Melissa aromatizando la cocina deliciosamente; para completar el decorado, una cabeza de labrador retriever apoyada confiadamente en mi rodilla como si yo fuera un auténtico terrateniente apoltronado como debe ser en su sillón. Después de la cena, antes de que le leyera en voz alta nuestra habitual poesía precoital, mi elegante y habilidosa amante, también ella una pieza de coleccionista, tocó el piano para su pachá a tiempo parcial mientras yo sorbía amargo café solo de sus pequeñas y preciosas tazas.

Melissa era rica, hermosa y bastante mayor que yo. Los sirvientes me lanzaban miradas de complicidad taimada. Por muy cuidadosamente que arrugara las sábanas, ellos sabían cuando no se había dormido en una cama. El dueño de la casa tenía un *pied-à-terre* en Londres para las ocasiones en que el Parlamento se reunía y entonces estaba reunido. Sólo había coincidido con él en una ocasión, en la misma cena donde la conocí a ella. Fue descortés conmigo, brusco. Yo era joven, apuesto y prometedor; mis relaciones con los maridos rara vez prosperaban. Con las esposas era distinto. Las mujeres, como opinaba Maiakovski, sienten debilidad por los poetas.

Y ahora su rutilante automóvil se había averiado en la nieve. Lo había tomado prestado para ir a Oxford, supuestamente para comprar libros, utilizando, con mi astucia innata, el temporal como excusa. La noche anterior, la mujer, angustiada, había estado sacudiendo el colchón con fuerte determinación: ¡cuánta nieve! Cuando me desperté, el dormitorio estaba lleno de una luz radiante y nívea que se enredaba en los tirabuzones color miel de Melissa, y experimenté, de nuevo, aunque esta vez casi de forma incontrolable, la sensación de claustrofobia que en ocasiones me invadía cuando estaba con ella.

Le dije: leamos juntos poesía nevada esta noche después de cenar, Melissa, un homenaje de versos blancos a la iconografía del tiempo. Cualquier excusa, por muy inverosímil que sea, para hacer que salga de casa; demasiado

lujo para un estómago vacío, ese era el problema. Siempre comiendo con los ojos, como decía la abuela; ella se dio cuenta de ese rasgo cuando este pequeño ceceaba, se tambaleaba y se hacía pis en la cama, cuando aún no sabía lo que era el lujo. Indigestión cultural, se lo puedo asegurar, un retortijón intestinal para el espíritu. ¿Cómo puedo salir de aquí, lejos de sus espejos antiguos ligeramente deteriorados, su perfume francés decantado en frascos de cristal del siglo XVIII, sus antepasadas sonriendo con suficiencia en marcos ovalados bañados en oro? Y sus muñecas, lo peor de todo, sus malditas muñecas.

Esas muñecas con las que nadie había jugado nunca, su refinada colección de mujeres antiguas, que formaban parte del encanto de Melissa, la originalidad picante que se encontraba en el lado positivo de su singularidad. Unas doce muñecas de la mejor calidad vivían en su dormitorio, en una vitrina de madera satinada espléndidamente equipada con tales artefactos del mundo de los juguetes y sofás en miniatura y diminutos pianos de cola. Tenían las cabezas de porcelana moldeada y los hoyuelos y el prominente labio inferior estaban esculpidos con amoroso cuidado. Sus pelucas y pestañas sumamente realistas estaban hechas de pelo natural. Me dijo que los ojos habían sido fabricados por el mismo artesano del cristal que hacía esos pisapapeles tremadamente preciosos llenos de mágicas tormentas de nieve. Siempre que despertaba en la cama de Melissa, lo primero que veía era una docena de ojos brillantes que parecían resplandecer como si estuvieran húmedos, como en una lacrimosa acusación de mi presencia, puesto que las muñecas, como Melissa, eran damas perfectas, y yo, en mi desnudez ambiciosa —una desnudez que era, de hecho, el uniforme de combate fundamental para un soldado de asalto como yo— claramente no era ningún caballero.

Después de tres días en ese ambiente, necesitaba desesperadamente sentarme en un bar, beber vulgares pintas de cerveza e intercambiar dobles sentidos con la camarera; pero no le podía contar eso a mi señora. En su lugar, tuve que usar mi vocación para justificar el día libre. Déjame el coche, Melissa, para que pueda ir a Oxford a comprar un libro de versos nevados, puesto que no hay libros de este tipo en casa. Así que hice la compra y conseguí que me diera tiempo de comer pan con queso y luego charlar un poco. Un buen día. Entonces, cuando estaba a punto de llegar a casa, me quedé atrapado.

Los campos estaban completamente cubiertos de nieve y el cielo oscuro del atardecer ya se extendía descolorido a la caída de la noche. Bandadas de cuervos daban vueltas sin parar en tiovivos invisibles en lo alto del cielo, emitiendo graznidos ásperos de forma ocasional. Un vistazo debajo del capó sólo me reveló que desconocía cuál era el problema, por lo que tuve que salir y

emprender una caminata por la carretera, donde las sombras malvas me confesaron que la nieve y la noche llegarían juntas. Mi aliento humeaba. Me enrosqué la bufanda del marido de Melissa alrededor del cuello y enterré los puños en los bolsillos de piel de oveja. El abrigo prestado me mantuvo caliente, aunque el frío hizo que los nervios de la frente me zumbaran con un sonido débil y agudo, como el del viento en los cables de teléfono.

Los árboles desnudos, la ladera entretejida por las intersecciones de los muros de piedra seca: todo se había sometido al monocromo tras la intensidad de la ventisca de la noche anterior. La nieve atenuaba todos los sonidos excepto el de las irónicas intervenciones de los cuervos. No había rastro de otras presencias; las vacas de los paisajes pastoriles estaban encerradas en el acogedor establo, Colin Clout y Hobbinol fumaban sus pipas junto a la chimenea en una domesticidad pastoril. ¿Quién querría estar a la intemperie, pudiendo estar caliente y seco dentro?

Demasiado blanco. Todo es demasiado blanco aquí afuera. Silencio y blancura hasta tal punto que al combinarlas uno se daba cuenta de cómo debía de ser vivir en un país donde la nieve no es un visitante encantador, por infrecuente, que pone sus guirnaldas frías en los árboles con tanta elegancia que pensamos que están jugando a florecer. (Qué comparación tan acertada, frágil, con sus matices botticellianos. Me felicité a mí mismo.) No. Hoy hace tanto frío como el frío mortal de los países eternamente blancos; el atroz candor de ese día era el mismo que el de las manchas blancas que son el estigma de la congelación.

Mi sensibilidad, la exquisita sensibilidad de un poeta anónimo, estremecida y acentuada ante la contemplación de tanta blancura.

Estaba seguro de que pronto llegaría a un pueblo donde podría llamar a Melissa; entonces ella mandaría el taxi del pueblo a buscarme. Pero los campos nevados brillaban de un modo tenue y espectral, con una luz cada vez más densa, y todavía no había señales de vida a mi alrededor dentro de ese universo blanco, a excepción de los cuervos que graznaban en dirección a sus nidos.

En ese momento llegué a una verja de hierro forjado que estaba abierta en la entrada de una casa. Detrás de la verja debía de haber una mansión cuyos dueños me ofrecerían refugio, y si eran la mitad de ricos de lo que parecían ser para llevar ese modo de vida, seguro que conocían a Melissa e incluso tal vez ordenaran a su chófer que me llevara de vuelta a casa, en el interior cálido de un coche que desprendería un agradable olor a cuero nuevo. Estaba convencido

de que se trataba de gente adinerada, el campo estaba plagado de ricos. ¿No había atropellado un par de faisanes de camino a Oxford? Resuelto, me deslicé entre los postes de la verja, encima de los cuales gruñían unos grifos de hierro con caperuzas circundadas de nieve.

El camino serpenteaba por un bosquecillo de olmos. Las ramas más altas de los árboles estaban cubiertas de viejos y espantosos nidos de cuervos. Pude advertir que nadie había pasado por allí desde que había empezado a nevar, ya que en la superficie cubierta de escarcha solamente se veían las madrigueras de los conejos y las huellas cuneiformes de los pájaros. El camino me llevó cuesta arriba. Tanto mis zapatos como los bajos de los pantalones ya estaban empapados. Se hizo de noche, la temperatura descendió y la mujer, angustiada, debía de haber sacudido el colchón una o dos veces más, puesto que descendieron unos cuantos copos más y se quedaron atrapados en mis pestañas, de modo que la primera vez que vi esa casa fue a través de un resplandor como el de las lágrimas sin derramar, aunque puedo asegurarles que no estaba acostumbrado a llorar.

Llegué a la cima de una colina. Ante mí, en una hondonada, rodeada como por arte de magia por un jardín formal nevado, se alzaba una mansión maravillosa en un voluptuoso estilo renacentista inglés, y la luz resplandecía en cada una de sus ventanas. Me imaginaba describiéndoselo a Melissa: «Una vista que claramente recordaba a Debussy». Cautivador. Sin embargo, aunque las luces emanaban en todas direcciones, reinaba un silencio sepulcral acompañado únicamente del crujido de los árboles cubiertos de escarcha. Luces y escarcha; las estrellas empezaban a salir en el cielo invernal que se extendía sobre mí. Para mi culta mecenas, omití las estrellas en la mansión del cielo y las luces de la inmensa casa. ¿Entonces quién fue, en esa tarde nevada, el que capturó una tríada de bonitas imágenes para ella? ¡Vaya, pero si fue su chico listo! Qué contenta se pondría. Y ahí ya podía dar por cerrada la fábrica de imágenes por ese día y seguir adelante con lo que realmente importaba, mantenerme con vida, una experiencia que esa preciosa casa parecía prometerme en suma abundancia.

Sin embargo, si el sitio estaba tan bien iluminado, con la puerta principal al final de una sinuosa escalera abierta como para recibir invitados, ¿por qué no había rastro de llegadas o partidas en la nieve sobre la cual mis pisadas se extendían marcha atrás hacia el camino y hasta el coche abandonado de Melissa? ¿Y por qué no se vislumbraba ninguna silueta a través de las ventanas, ni se oían señales de vida?

El gran vestíbulo vacío creaba un ambiente de serenidad dominado por una inmensa lámpara de araña, sus caireles tallados tintineaban débilmente en la corriente de aire cálido y punteaban con sombras oscilantes y refractivas las paredes recubiertas de estuco blanco. La lámpara me intimidaba como un mayordomo demasiado imponente. Aún así, encontré el agarradero de la campanilla y tire de él. En algún rincón de la casa repicó ruidosamente una campana; su eco hizo que la lámpara temblara, pero ni siquiera cuando todo se calmó apareció nadie.

Hice sonar la campanilla de nuevo; seguía sin haber respuesta, pero un súbito golpe de viento arrastró una ráfaga de nieve o aguanieve hasta el vestíbulo. La lámpara de araña se balanceó melodiosamente con la corriente de aire. Detrás de mí, fuera, el aire estaba impregnado de olor a nieve: la tormenta estaba a punto de empezar otra vez. No tuve más remedio que armarme de valor para dar un paso bajo el umbral impasible y pisar el felpudo con tal estruendo que anunciara mi llegada por toda la planta baja.

Esa era sin lugar a dudas la casa más magnífica que había visto jamás, y cálida, tan cálida que mis dedos congelados empezaron a palpitar. No obstante, dentro todo era tan blanco como oscuro era fuera, en la noche. Paredes blancas, pintura blanca, cortinas blancas y una leve estela de perfume por todos lados, como si unas cuantas mujeres ricas con preciosos vestidos se hubieran deslizado por el vestíbulo para ir a tomar unas copas antes de cenar, dejando un rastro de almizcle tras ellas. El propio aire, íntimo, voluptuoso, singular, imitaba las caricias de sus brazos desnudos.

Mis orificios nasales se ensanchaban por la agitación. Me hubiera gustado hacer el amor con cada una de esas hermosas criaturas cuya presencia era más viva en su ausencia; era una casa construida y amueblada sólo para el placer, para el deseo carnal, para la concupiscencia elegante. Me sentía como Mignon en la tierra de los limoneros: este es el lugar donde me gustaría vivir. Reuní el valor suficiente para decir en voz alta: «¿Hay alguien ahí?». Sin embargo, sólo la lámpara me respondió con un tintineo.

Y entonces, un repentino crujido a mi espalda. Me giré para ver como la puerta se cerraba con un suave e implacable clic. En ese momento, la lámpara de araña que estaba encima de mí pareció reprimir una risita incontrolable, como si se regodeara al verme encerrado.

Es el viento, sólo es el viento. Piensa que sólo es el viento que empujó la puerta e hizo que se cerrara detrás de ti, deja de imaginar cosas. Para de

temblar, tranquilízate; ve despacio hacia la puerta, actúa con calma. Es el viento. O si no, tal vez, un truco de los dueños, una broma. Me agradaba la idea. Sabía que los ricos adoraban las bromas.

En cuanto me di cuenta de que era una broma, supe que no estaba solo en esa casa, porque su aparente desolación formaba parte de la propia broma. Entonces cambié esa sensación de inquietud por otra distinta. Me empecé a sentir terriblemente cohibido. Ahora tenía que vigilar por donde pisaba; pasara lo que pasara, debía comportarme como si supiera jugar al juego en el que me veía envuelto. Traté de abrir la puerta pero estaba firmemente cerrada, por supuesto. Muy a mi pesar, advertí en mí una leve sensación de pánico que quise reprimir... No, *no* estás a su merced.

El vestíbulo seguía completamente vacío. Puertas cerradas a ambos lados; la escalera se alzaba hacia un rellano desierto. ¿Me encontraré a mis anfitriones en una situación vergonzosa y humillante? ¿Aparecerán todos gritando «¡bu!» desde sus escondites en los paneles de la pared, detrás de amplias cortinas, y se reirán de mí? Un enorme espejo detrás de un extravagante arreglo floral de lirios de agua me mostró la imagen de un pobre poeta ataviado de un modo no demasiado convincente con unas ropas de terrateniente prestadas. Qué cara tan pálida y enjuta, pensé, una cara que en su momento ha comido demasiado pan con margarina. ¡Ahora vamos, despierta! Dejaste atrás el pan con margarina hace mucho tiempo, en casa de la abuela. Ahora eres el huésped de la señora Melissa. Tu coche se acaba de averiar en la carretera y estás buscando ayuda.

Entonces, para mi alivio pero también para mi creciente inquietud, vi una cara detrás de la mía, reflejada, del mismo modo, en el espejo. Debía de saber que yo podía verla asomándose detrás de mí. Era un rostro pálido, dulce y bonito, de cabello rubio y ondulado, y apareció de repente detrás del reflejo de los lirios. Pero cuando me di la vuelta, ella —joven, astuta, veloz— ya se había ido, aunque habría jurado que oí un carrillón de risitas, a menos que mi brusco sobresalto hubiera turbado una vez más la quietud de la lámpara.

Esa fugaz aparición me confirmó que efectivamente estaba siendo observado. («Qué divertido, el juego del escondite. Por cierto, ¿crees que tal vez el chófer...?») Con el inquietante descubrimiento de que me había convertido en su animador, abrí la primera puerta que encontré en la planta baja, esperando sorprender al público que me aguardaba entre risitas nerviosas.

Estaba completamente vacío.

Un salón en blanco sobre blanco, todo despintado, todo pálido, mesitas de cristal y cromo, objetos esmaltados en blanco, tapizados de grueso terciopelo blanco. Esperaban visita: había licoreras, cuencos con hielo, platos con frutos secos y aceitunas. Tuve la tentación de beber de un vaso de cristal tallado lleno de algún líquido y coger un puñado de almendras saladas; estaba hambriento y sediento, sólo había comido un bocadillo en el bar desde el desayuno. Sin embargo, no parecía buena idea que la niña rubia que había atisbado en el vestíbulo me pillara por sorpresa. Vaya, se ha dejado su muñeco entre los gruesos almohadones de un sillón.

¡Cómo consienten los ricos a sus hijos! Más que un muñeco, se trataba de una pequeña obra de arte; la caja registradora de mi cabeza marcó veinte guineas ante la mirada del pierrot de trapo, con su gorro, su pijama de satén con botones negros en la parte delantera, todos los detalles, y esa genuina mueca de tristeza cómica en su rostro de porcelana fina. *Mon ami Pierrot*, pobre viejo amigo, con sus miembros flácidos colgando, tanta sensibilidad angustiada y tanta ausencia de fuerza moral. Sé cómo te sientes. Pero mientras intercambiaba con él una mirada de complicidad llena de compasión, me interrumpió un fuerte sonido, vibrante y armonioso como la nota de un imperioso diapasón, procedente del otro lado de la doble puerta entreabierta. Tras un momento de sobresalto, fui hacia el comedor, como respondiendo a aquella llamada.

Nunca había visto un comedor como ese, excepto en las películas; ni siquiera en la cena en la que había conocido a Melissa. Quince cubiertos colocados en un recipiente de cristal en forma de lengua; pero apenas tuve tiempo de contemplar el esplendor de la porcelana fina y el cristal de plomo, porque la puerta que daba a la sala de recepción todavía se balanceaba y supe que se me había escapado por pocos segundos. Así que la hija de la familia está jugando a pillar conmigo, ¿pero a dónde ha ido ahora?

Suave, suavemente sobre las alfombras blancas; dejo profundas pisadas tras de mí, sin hacer ruido. Todavía sin rastro de vida, sólo las pálidas sombras de las velas; sin embargo, de algún modo, un ambiente de expectación silenciosa por todas partes, como de víspera de Navidad.

Entonces oí el golpeteo de unos pasos corriendo. Pero los pasos provenían de una parte de la casa donde no había alfombras que amortiguaran el ruido, alguna parte encima de mí. Me quedé inmóvil escuchando atentamente y pude oír un carrillón de risas agudas, aflautadas, que agitaron las lámparas; venían del piso de arriba o del piso de abajo, o del dormitorio de la

señorita. Y luego, el sonido de muchos, muchos pies correteando. Por un momento, toda la casa parecía temblar con un movimiento invisible. Después, igual de repentinamente, todo quedó en silencio de nuevo.

Con determinación, me dispuse a inspeccionar las habitaciones de arriba.

Todas las habitaciones estaban completamente vacías. Pero mi siempre presente paranoia, que ahora hormigueaba en la punta de cada nervio, me aseguraba que acababan de ser desocupadas justo en el instante en el que yo entraba en ellas. De vez en cuando, mientras recorría la casa con una expresión cada vez más seria, oía carcajadas de todo tipo que, sin embargo, nunca venían de la habitación contigua a aquella donde yo me encontraba. Las voces surgían y cesaban como si un interruptor las encendiera y apagara, cosa que, por supuesto, formaba parte de la broma; esa broma que me tenía intranquilo. En el que por su tamaño y su aspecto lujoso debía de ser el dormitorio principal, había una alfombra de piel de oso polar que reposaba encima de la cama, tibia y arrugada como si alguien hubiera estado allí tumbado y ahora se estuviera escondiendo, tal vez en el armario de marfil, disfrutando de mi perplejidad. Podría haberles arruinado la diversión si tan sólo —¡si tan sólo!— hubiera tenido la valentía de abrir de golpe sus pálidas puertas para sorprender a mis reticentes anfitriones, tal como los imaginaba, en cuclillas entre los trajes de alta costura. Pero no me atreví a hacerlo.

La alfombra de la escalera dio paso a unos tablones de madera pulida y yo todavía no había visto a nadie excepto un posible rostro en el espejo, aunque toda la casa estaba llena de señales de vida. Los pisos superiores estaban poco iluminados, a intervalos y con una sola luz en las lámparas a lo largo del corredor, pero había una puerta abierta que emanaba luz hacia el pasillo, como si de una invitación se tratara.

Un agradable fuego resplandecía en una pequeña e impecable chimenea encima de cuyo guardafuegos de latón había ropa de dormir calentándose. Sentí de repente una fuerte punzada de decepción al descubrir que el rastro me había conducido al cuarto de juegos; todas las aventuras carnales que esa casa me había prometido y, maldita sea, también eso debía de ser parte de la broma. En cualquier caso, si me dejaba llevar por la ilusión de la niña que había visto en el espejo, entonces tal vez podía admitir la ilusión de su madre, quien debía de ser todavía lo suficientemente joven para disfrutar de las caricias de una piel de oso en la cama; y que, sin duda, no debía de ser enemiga de la poesía.

Esa madre que había condenado incluso el cuarto de los niños a la blancura: paredes blancas, muebles pintados de blanco, alfombra blanca, cortinas blancas, todo de una elegancia excesiva. Incluso había convertido a la niña en una esclava de la moda. Sin embargo, aunque la habitación había sucumbido al alud con que la decoradora de interiores había sepultado toda la casa, sus habitantes no. Nunca antes había visto tantas muñecas, ni siquiera en la vitrina de Melissa. Todas eran de una belleza exquisita, como si acabaran de llegar de la tienda, aunque algunas de ellas debían de ser más viejas que yo. ¡Cómo le habrían gustado a Melissa!

Había muñecas sentadas en estanterías con las piernas extendidas, muñecas que sobresalían de baúles de juguetes. Damas refinadas vestidas con polisones de tafetán y sombreros franceses, bebés en todos los grados de ternura. Una criatura de extremidades flácidas y pelo dorado, vestida de satén rosa, tendida como en un sensual abandono encima de la alfombra frente a la chimenea. Una dama maravillosamente elaborada, vestida con una pomposa pelliza victoriana de seda color granate y el pelo castaño bajo un sombrero con plumas, estaba sentada en un sillón junto a la chimenea, con un aire tan señorial como si la habitación le perteneciera. Una encantadora muchacha vestida con traje de montar de terciopelo morado ocupaba la silla de un magnífico caballito albino.

Por fin estaba rodeado de preciosas mujeres, silentes poseedoras de todos los colores alegres desterrados de ese lugar, brillantes como un invernadero, pero ninguna de ellas existía, todas estaban mudas, eran ficciones, y esa multitud de ojos de cristal, como lágrimas congeladas en el tiempo, me hizo sentir muy solo.

Fuera, las ráfagas de nieve chocaban contra las ventanas; la tempestad había empezado en serio. Dentro, todavía quedaba un umbral por cruzar. Supuse que estaría allí, esperándome, fuera quien fuera, aunque titubeé, sólo por un instante, ante la puerta que conducía al dormitorio de los niños, como si unos grifos invisibles lo estuvieran vigilando.

El tenue resplandor de una lámpara de noche encima de la repisa de la chimenea; una tenue tranquilidad, aquí, donde el aire está lleno del cálido y débil olor de la infancia, de pelo limpio, de jabón, de talco: el incienso de su santuario. Y en el momento en que entré al dormitorio de los niños, pude escuchar su clara respiración; apenas se había escondido, ni siquiera se había arropado con las sábanas de su camita esmaltada en blanco. Yo me había tomado el juego en serio, pero ella, su instigadora, no; se había quedado

profundamente dormida en pleno juego, con los párpados sellados, el pelo largo, rubio, aristocrático, extendido sobre la almohada.

Llevaba un delicado blusón de encaje blanco y sus largas medias blancas eran finas como el aliento vaporoso en una mañana de invierno. Se había quitado las blancas sandalias infantiles. La pequeña cazadora, la pequeña presa, estaba hecha un ovillo con el pulgar en la boca, como un bebé.

El viento aullaba en la chimenea y la nieve azotaba la ventana. Las cortinas todavía no estaban corridas, por lo que las cerré y de repente la tempestad desapareció del interior de la habitación. De ese modo, pude imaginarme que siempre me había sentido a gusto. Me invadió el agotamiento, me hundí en la silla de mimbre que había al lado de la cama. Me negaba a abandonar la compañía del único ser vivo que había encontrado en la mansión, y aunque la niñera me asaltara abruptamente con un interrogatorio, confiaba en que debía de saber cuánto le gustaba jugar al escondite a la pequeña que tenía a su cargo, y estaba seguro de que era cómplice del juego, teniendo en cuenta que me había permitido deambular por el cuarto de los niños de un modo tan poco convencional. ¿Y si entraba mamá, ahora, para darle el beso de buenas noches? Bueno, mucho mejor; me encontraría demostrando la ternura de un poeta que vela el sueño de una niña.

¿Y si no venía nadie? Soportaría la desilusión; descansaría los pies durante un rato, y luego me iría. Aun así, debo admitir que sentí una pizca de decepción al ver que el tiempo pasaba y me veía obligado a abandonar toda esperanza de ser invitado a cenar. ¡Se habían olvidado de mí por completo! Descuidados incluso con sus propios entretenimientos, habían dejado de jugar en mitad de la persecución, igual que había hecho la niña, y se habían retirado a la inmutable privacidad de los ricos. Me prometí que al menos me serviría medio vaso de buen whisky al salir, para volver más templado a la carretera y a la dura caminata hacia casa.

La niña se movió en sueños y murmuró algo indescifrable. Sus puños se tensaban y se relajaban. Sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas de un rosa pálido y luminoso. Esa piel, la textura fina de la infancia, la inigualable piel aterciopelada que nunca se ha sometido al frío del exterior. Cuanto más la miraba, más frágil me parecía, más transparente. Nunca antes en la vida había velado el sueño de un niño. El olor lechoso de la inocencia y el sentimiento impregnaba el dormitorio.

Supongo que esperaba algún tipo de lujuria gratificante después de jugar al escondite por la mansión, si no la satisfacción de la lujuria carnal, al menos la de la lujuria espiritual, la del orgullo; pero cuanto más fingía ternura hacia la durmiente, más tierno me ponía. Ah, ¡qué vida tan miserable y sórdida la mía!, pensé. Cómo me juzga, ella, en su sueño imperturbable.

De todos modos, no era una durmiente tranquila. Se retorcía como un perro que soñara con conejos y de vez en cuando gemía. Husmeaba constantemente y después tosía de un modo ruidoso. La tos retumbaba en su delgado pecho durante un buen rato, y me dio la impresión de que la niña, tan pálida y durmiendo rendida por el agotamiento era una niña enferma. Una niña enferma y consentida que gobernaba la casa a su antojo y que, sin embargo, pobrecita tirana, era malquerida; debían de alegrarse de que se hubiera dormido para así poder abandonar el juego que ella les había obligado a jugar. Tenía el pelo rubio como de cuento de hadas y los párpados tan delicados que casi mostraban el brillo de los ojos a través de ellos; y si efectivamente había sido ella la que había escondido a todos los adultos gruñones en sus armarios y baños y me había hecho dar vueltas por la casa con una bobina invisible hacia ella, bueno, difícilmente podía reprocharle su diversión. Había jugado igual conmigo que con los adultos, ¿o acaso no los había puesto a cada uno en su sitio como si fueran muñecas que guardara en el enorme baúl de juguetes que era esa magnífica casa?

Cuando pensé eso, sentí tanta compasión que acaricié su mejilla de color marfil con un dedo. Su piel era suave como el plumaje de la nieve y delicada como la de la princesa del cuento de la princesa y el guisante; cuando la toqué, se movió. Rehuyó mi caricia, murmuró algo y se dio la vuelta, inquieta. En ese momento, un bulto resplandeciente se deslizó entre las sábanas hasta el suelo, golpeándose la cabeza de porcelana contra el linóleo pulido.

Debía de haber bajado de puntillas para recuperar su muñeco olvidado mientras yo recorría los dormitorios. Ahí estaba de nuevo, su Pierrot vestido con el pijama blanco reluciente, su pequeño amigo. Tal vez su único amigo. Me incliné para recogerlo del suelo, y al hacerlo, algo captó la luz y resplandeció en el rabillo de su gran y trágico ojo de cristal. ¿Una lentejuela? ¿Un brillante? La luna es tu patria, amigo; quizás te pusieron estrellas en los ojos.

Miré más detenidamente.

Estaba mojado.

Era una lágrima.

Entonces noté un fugaz golpe en la nuca, tan súbito, tan fuerte, tan inesperado que sólo sentí una vaga sensación de estupefacción mientras caía hacia adelante de cara y se me nublaba la vista.



Cuando abrí los ojos, vi una inquietante ausencia de luz a mi alrededor. Cuando intenté moverme, una docena de diminutas dagas me atravesaron. Hacía un frío horrible y estaba tumbado sobre mármol, sí, como si ya estuviera muerto. Estaba atrapado en el centro una pequeña montaña de cristales rotos dentro del caparazón mojado del abrigo de piel de oveja del marido de Melissa, que estaba empapado de nieve derretida.

Después de algunos movimientos cautelosos y agonizantes, pensé que lo mejor era quedarme quieto en esa sala fría, húmeda y oscura donde la nieve se colaba a través de una puerta abierta cuyo contorno podía trazar vagamente frente a la noche blanca del exterior. Despacio, como un sueño, la puerta se movió adelante y atrás sobre sus bisagras oxidadas con un graznido estridente, mecánico y monótono, como el de los cuervos.

Traté de recordar qué me había pasado. Supuse que me encontraba en el suelo del vestíbulo de la casa que juraría haber estado explorando, aunque esa luz espectral apenas me permitía ver su interior; sin embargo, todo lo que antes estaba pintado de blanco, ahora estaba tristemente lleno de garabatos obscenos que los muchachos del pueblo habían dibujado con pintura y tizas. El vestíbulo saqueado se reflejaba en un enorme espejo agrietado que había en la pared.

Quizá la lámpara se había caído y me había atrapado debajo. Sin duda estaba aprisionado entre las vísceras de los cristales parcialmente rotos de la misma lámpara que creía haber visto multiplicando sus reflejos en otra sala distinta a esta en la que me encontraba tendido con el cuerpo dolorido y palpitante. Si el tiempo había hecho que la lámpara se soltara de su amarre en el techo de yeso desconchado, bien podía ser que se hubiera desplomado sobre mí al entrar a refugiarme de la tormenta que aullaba y susurraba por toda la casa. Pero en tal caso me habría matado, y yo sabía por mis dolorosos moratones que aún estaba vivo. ¿Acaso no había pasado por ese vestíbulo cuando era cálido, perfumado y sofisticado? ¿O no?

Entonces me atravesó un rayo de luz que prendió un fuego verde y frío en los cristales esparcidos a mi alrededor. El ser invisible que había detrás de la linterna se dirigió a mí sin contemplaciones con una voz ajada de anciana, de vieja. ¿Quién eres? ¿Qué haces?

Atrapado entre los fragmentos de cristal y los fragmentos de luz, le expliqué que mi coche se había averiado en la nieve y que había llegado allí en busca de ayuda. Mi excusa sonaba ahora muy poco convincente.

No alcanzaba a ver a la anciana, ni siquiera podía distinguir su difusa silueta detrás de la luz, pero, para contrarrestar sus aires de superioridad de vieja pueblerina, le dije que me alojaba en casa de la señora Melissa. Se exclamó y musitó algo al oír el nombre de Melissa; cuando volvió a hablar de nuevo, sus modales eran casi excesivamente conciliadores. Debe ir con cuidado, pobre anciana, ella sola en esa casa; hay ladrones que roban el plomo del tejado, parejas jóvenes con malas intenciones, etcétera. Pero si soy el huésped de la señora Melissa, entonces está segura de que no hay ningún problema en que me refugie aquí. No, no hay teléfono. Tendré que esperar hasta que la tormenta remita. La nieve nueva ya debe de haber bloqueado la carretera, ¡estamos completamente incomunicados!, dice, y suelta una risita nerviosa.

Tengo que seguirla atentamente, ir por aquí; me tiende la mano para de en medio del estropicio, hay muchos cristales rotos... tenga cuidado. ¡Qué estruendo cuando se ha caído la lámpara! Parecía como si el mundo hubiera llegado a su fin. Ve con ella, tiene un cuarto; es bastante acogedor, señor, tiene un buen fuego para calentarse. (Menudo temporal, ¿verdad?)

Me alumbró solícitamente para que pudiera salir de la trampa de cristales y me hizo pasar por delante de nuestros fantasmas, que se movían como peces abisales en las silentes profundidades del espejo; subimos las escaleras, pasamos a través de las ruinas de la casa que creía haber explorado durante mi débil caminata o durante la cadena de alucinaciones provocadas por la nieve o, tal vez, por una leve contusión en la cabeza. Porque tquito y siento náuseas; me agarro al pasamanos con fuerza.

Las puertas tiemblan en las bisagras. Puedo vislumbrar habitaciones cuyos muebles están cubiertos con sábanas blancas creando una imagen espeluznante, pero la luz de la linterna no se detiene en nada. Sus zapatillas hacen flip-flop, es una intrépida domadora de las sombras. Y todavía no puedo verla del todo, aunque oigo el frufrú de su vestido y huelo ese olor típico de vieja, olor a tienda de segunda mano, a humedad, a cerrado, como el olor de la abuela, el olor de las mujeres de mi infancia.

Se aloja en el cuarto de juegos, claro. ¡Qué grito proferí, en mi ligero estado febril, al ver todas las muñecas que se alojaban en esa ruina!

Muñecas esparcidas por todas partes, muñecas colgadas en los bordes de las sillas, muñecas sobresaliendo de las cajas de té, muñecas apoyadas en la repisa de la chimenea con rostros inexpresivos y magullados. ¿Había reunido a todas las muñecas de las difuntas niñas de la casa aquí, a su alrededor, para que le hicieran compañía? Las muñecas me miraban fijamente en silencio con sus ojos de cristal que parecían mantener en suspensión la mágica tormenta de nieve que me había atrapado allí; sentí que era el centro de atención de todos aquellos ojos ciegos.

¿Y realmente he visto antes en esta habitación a estas criaturas ahora carcomidas por las polillas? Al desmayarme en el vestíbulo, ¿retrocedí en el tiempo hasta encontrar años atrás en una playa de arena blanca a esta jovencita, cuya pesada cabeza caía hacia delante sobre el pecho porque que su frágil cuerpo había perdido demasiado serrín como para seguir sosteniéndola? La estructura de su miriñaque de satén estaba destrozada como un paraguas roto. El vestido de seda roja de su desaliñada compañera había perdido color hasta volverse rosa pálido, aunque no había perdido el parasol, por tenerlo cosido a la mano, ni su sombrero de paja con las plumas sucias que aún pendían de unos pocos hilos desde la peluca morena, ahora mal puesta en un cuero cabelludo de porcelana.

Y casi tropecé con un pobre cadáver que yacía en el suelo vestido con una chaqueta purpurea de terciopelo gastado, la cara de cera envejecida por el tiempo y unos pocos mechones que aún conservaba de todo ese pelo color miel...

Pero si alguna de las habitantes de aquel cuarto de juegos imaginario se hallaba de visita en este otro, salida de mi sueño a través de una distorsión de mi imaginación, no pude reconocerla, gracias a Dios, entre aquellas muñecas medio amadas hasta la muerte y ahora esparcidas por una habitación cuya dueña actual había consagrado a la comodidad geriátrica. No obstante, sentí cierta sensación de inquietud, no tanto de miedo como de un mal presentimiento; pero estaba demasiado preocupado por mi malestar físico, el terrible dolor, las molestias y los rasguños como para prestar atención a los nervios.

Además, en la habitación de la anciana el ambiente era mínimamente confortable gracias a un fuego encendido y una tetera hirviendo, aunque estuviera iluminada de un modo espeluznante por una vela pegada con su propio sebo a la repisa de la chimenea. La propia sencillez de la habitación hizo que empezara a recuperar mi ánimo abatido y la vieja me hizo sentir

bienvenido, me quitó el abrigo de piel de oveja casi con tanta diligencia como si supiera quién era su dueño y me sentó en un sillón. El sillón, de felpa roja y ajada, no se parecía en nada a aquel esplendor descolorido del recuerdo; me dije a mí mismo que me había entrado nieve en los ojos y en el cerebro. La anciana se agachó para quitarme los zapatos mojados, me sirvió un té espeso y fuerte con la tetera siempre preparada, me cortó una rebanada de pan moreno de jengibre que tenía guardado en una vieja lata de galletas con un dibujo de gatitos en la tapa. ¡Ningún fantasma o espectro podía tener nada que ver con la preparación de un postre tan compacto, empalagoso e indigesto! Ya me sentía mejor; fuera, la ventisca rugía pero yo estaba dentro, seguro y caliente, aunque fuera en compañía de una auténtica bruja.

Porque lo era, sin lugar a dudas, su pelo envejecido y canoso, retorcido casi hasta formar un círculo sujetado en lo más alto de su cabeza con horquillas de carey, la cara tan erosionada por las arrugas que era difícil saber si sonreía o no. Ni ella ni la habitación habían visto agua y jabón desde hacía mucho tiempo, y el olor persistente, agrio, rancio de desaliño, me repugnaba ligeramente, pero el té bajó como la sangre. ¿No te acuerdas del olor a posos de té y ropa sucia de la cocina de la abuela? Colin Clout volvía a casa, para vengarse.

Se sirvió un té y se sentó encima del montón de periódicos y ropa desordenada que hacía de cojín en su silla al otro lado de la chimenea, dio un sorbo a la taza y se puso a hablar sobre la ferocidad del temporal mientras yo empezaba a entrar en calor, observando —nervioso, debo admitirlo— las muñecas que ocupaban todas las superficies, esa habitación llena de vulgaridad abigarrada.

Cuando me vio mirando las muñecas, dijo: «Veo que estás admirando a mis preciosidades». Mientras tanto, la nieve chocaba contra los cristales de la ventana despojada de cortinas como si fueran pájaros furiosos y las ráfagas resonaban por la casa. La anciana, como movida por una determinación repentina, arrojó su taza vacía a la chimenea; comprendí que debía pagar en especie por su amable recibimiento, debía prestarle toda mi atención. Cogió en brazos unas cuantas muñecas y empezó a presentármelas una por una. Chiflada. Completamente chiflada, pobre anciana.

La honorable Frances Brambell tenía un ojo salido y su falda de satén en forma de campana estaba destrozada, aunque en tiempos debió de ser una bonita adquisición para el baúl de los juguetes. El tiempo, sin embargo, se cobra sus venganzas: los tres divorcios, el exilio voluntario en Marruecos, el hachís, los gigolós, la lenta erosión de la belleza... ¡cómo se reía la anciana! ¡Pero qué

imagen tan encantadora ofrecía la muchacha al ser presentada, las plumas de aveSTRUZ moviéndose arriba y abajo sobre sus rizos! Observé a la anciana y a la muñeca, y luego volví a mirar a una y a otra; ahora la vieja estaba animada y un fino rastro de saliva descendía por su barbilla. Con una risa irónica, lanzó a la honorable Frances Brambell a un lado; la cabeza de porcelana rebotó contra la pared y sus extremidades se sacudieron antes de quedarse inmóvil en el suelo.

Seraphine, duquesa de Pyke, llevaba seda granate descolorida y lo que alguna vez había sido un sombrero con plumas. Era originaria de París y todavía conservaba cierta sofisticación, a pesar de su avanzada edad. La duquesa no había sido un ejemplo de buenos modales ni mucho menos y, aunque supiera llevar su título adquirido como si fuera de nacimiento, no hay dama más perfecta que la que no es mejor de lo que debe ser, sugirió la anciana. En un arrebato de carcajadas ruidosas, arrojó a la duquesa y sus pretensiones encima de la honorable Frances Brambell y me dijo que en ese momento debía conocer a lady Lucy. ¡Ah!, iba a convertirse en marquesa cuando heredara, pero había sufrido de polillas en sus partes más delicadas y se había quedado escuálida, a pesar de su bonito traje de montar de terciopelo. Siempre iba de morado, el color de la pasión. Los pecados de los padres, insinuó la vieja chismosa, una enfermedad congénita... lo único que el futuro le deparaba a la pobre muchacha eran clínicas, sanatorios, una silla de ruedas, demencia y muerte prematura.

Iba revelándome el turbio pasado de cada muñeca; la anciana las cogía y las apartaba con una autoridad tan firme que pronto me di cuenta de que conocía íntimamente a todas las muchachas cuyos nombres había puesto a las muñecas. Debió de ser la niñera de la casa, pensé; y debió de quedarse cuando la familia abandonó el barco a punto de hundirse, después de que la última niña a su cargo, esa pequeña que tal vez, o tal vez no, tenía el mismo aspecto que la rubia heredera que yo había imaginado, se fuera con un viril pero vulgar chófer o, quizás, con el saxofonista negro de la banda de música de un transatlántico. Y la criada heredó la casa abandonada. En el pasado, debía de haberles limpiado sus preciosas naricitas, cortado el pan y la mantequilla en forma de teclas de piano... Seguramente todas las niñas habían jugado en ese cuarto, habían tomado el té con la joven niñera, habían montado en pony, habían crecido hasta acudir a bailes con espectaculares vestidos, se habían quedado a dormir después de celebrar fiestas en casa, de jugar al golf durante el día, de tratar asuntos del corazón por la noche. ¿Habría bailado alguna vez allí mi Melissa, en su inimaginable adolescencia?

Pensé en todas esas hermosas mujeres de hombros redondeados y desnudos, discretas como perlas, que iban a cenar con vestidos tan brillantes como las flores de invernadero que había a su alrededor, y que resaltaban de un modo espléndido sobre los esmóquines de sus acompañantes, aunque yo les habría dado un mejor accesorio. Mujeres que alguna vez habían llenado toda la casa con ese indescriptible perfume de sexo y lujuria que me arrastró con deseo hasta la cama de Melissa. Y el tiempo, ahora, congelaba sus hermosos rostros y los años caían como nieve sobre sus cabezas.

El viento aullaba, la leña silbaba en la chimenea. La vieja empezó a bostezar y yo también. No me importa acurrucarme en este sillón junto al fuego; ya estoy medio dormido, por favor, no se moleste. Pero, no, debo dormir en la cama, dijo ella.

Usted dormirá en la cama.

Y habiendo dicho eso, soltó una carcajada histérica que me sacudió de mi ensueño agridulce. Sus ojos legañosos brillaban; tuve la terrible sensación de que quería sacrificarme para satisfacer su añeja lujuria como precio por mi noche de alojamiento, pero dije: «¡Oh, no puedo usar su cama, no, por favor!». Pero su única respuesta fue otra carcajada.

Cuando se puso de pie, parecía mucho más alta que antes, se cernía sobre mí. En ese momento, misteriosamente, recuperó su antigua autoridad; en el cuarto de juegos su palabra era ley. Me agarró la muñeca con una fuerza descomunal y me arrastró, mientras yo protestaba sin apenas oponer resistencia, hasta la puerta que yo, asombrándome de reconocerla perfectamente, sabía que conducía al dormitorio de los niños.

Me precipité cruelmente al corazón de mi sueño.

Al otro lado de la puerta, en el umbral por el que avancé dando traspies, todo estaba como antes, como si el dormitorio de los niños fuera el inmutable, invariable ojo del huracán, y su blancura, la de un lugar más allá del espectro de los colores. El mismo olor de pelo lavado, la tenue calma de la lámpara de noche. La camita esmaltada en blanco, con su ocupante durmiendo. La tormenta cantaba una nana; la pequeña heredera del pabellón nevado tenía los parpados como el alabastro esculpido que contiene la luz en un cáliz luminoso, pero esta era una joya imperfecta, una réplica destrozada, un dibujo lleno de garabatos, y, por primera vez en esa noche, sentí un miedo atroz.

La anciana se acercó silenciosamente a la niña que tenía a su cargo y sacó un objeto, algo blando, de trapo, de entre las sábanas, donde reposaban los pálidos brazos de la niña. Y, riéndose a carcajadas de nuevo con un regocijo extraño, me entregó solemnemente ese objeto como si se tratara de un regalo de Navidad. En el instante en que toqué a Pierrot di un salto, como si su pijama satinado desprendiera una carga eléctrica.

Todavía estaba llorando. Fascinado, temeroso, toque la lágrima brillante que colgaba en su mejilla y me lamí el dedo. Salado. Una segunda lágrima brotó del ojo de cristal para reemplazar la que le había robado, y luego otra, y otra. Hasta que sus párpados temblaron y se cerraron. Ya había visto su cara antes, una cara que en su momento había comido demasiado pan con margarina. Una tormenta de nieve mágica me cegó; yo también lloraba.

Dile a Melissa que la fábrica de imágenes ha entrado en bancarrota, abuela.

Bendición difusa, irónica, de la lámpara de noche. La niña durmiente extendió su mano cálida y húmeda para coger la mía. Ante el terror del consuelo, la tomé entre mis brazos, pese al impétigo, los piojos y el hedor de las sábanas mojadas.

Análisis de la traducción

Los problemas de traducción se clasifican según la naturaleza del elemento conflictivo y según la fase del proceso de traducción donde aparecen.

Según la naturaleza del elemento conflictivo, podemos encontrar a) problemas lingüísticos: términos, expresiones, estructuras sintácticas, coherencia, cohesión y en general cualquier elemento del campo de la lengua. También se incluyen las diferencias de registro, tono y dialecto; y b) problemas extralingüísticos: son de tipo cultural, enciclopédico o de temática especializada.

Según la fase del proceso de traducción, podemos encontrar a) problemas de comprensión, b) problemas de transferencia y c) problemas de reexpresión.

Problemas de comprensión

Este tipo de problemas se detectan durante la primera lectura del texto y aparecen cuando el traductor desconoce el significado de un término o expresión. Cuando son lingüísticos, normalmente se solucionan consultando diccionarios monolingües y bilingües. Sin embargo, en el caso de las expresiones o frases hechas es necesario hacer una búsqueda más exhaustiva en bases de datos, textos paralelos e incluso consultando a nativos. En el caso de los problemas de estructura, coherencia y cohesión, lo más apropiado es reflexionar y aplicar la lógica para tratar de entender lo que el autor quiso decir con ello. Cuando son extralingüísticos, se recomienda consultar bases de datos o enciclopedias, aunque hoy en día la herramienta clave es Internet.

Lingüísticos

- «I was sure they must be rich, the country side was lousy with the rich; **hadn't I flattened a brace of pheasants on my way to Oxford?**» (Carter 1995, p. 517).

En esta frase el problema está en el significado y la intención que quiere transmitir. El narrador comenta que en el campo vive mucha gente adinerada.

Al mismo tiempo, menciona su viaje a Oxford, viaje que sabemos que hizo en coche. Después de consultar el verbo «to flatten» en el diccionario monolingüe, vemos que sirve tanto para decir «arrasar, arrollar, tumbar» como para «aplanar, alisar». Podemos entender que habla de atropellar a un par de faisanes, aves de caza muy apreciadas en gastronomía, que se deshuesan y evisceran para dejar la carne limpia y «aplanada» antes de cocinar. Este doble juego de palabras que en inglés funciona tan bien es difícil mantenerlo en castellano, así que conservaremos el primer significado del verbo.

Traducción: «¿No había atropellado un par de faisanes de camino a Oxford?»

- «**Not a doll so much as a little work of art**; the cash register at the back of my mind rang up twenty guineas at the sight of this floppy Pierrot» (Carter 1995, p. 520).

En este fragmento, el narrador está haciendo cavilaciones sobre el valor del muñeco Pierrot y llega a la conclusión de que es un juguete bastante caro. Si bien es cierto que la estructura de la primera sección de la frase es algo difícil de entender a primera vista, podemos suponer que lo que pretende expresar es que con ese precio se trata más bien de una obra de arte. Para asegurarnos de ello, basta con consultar un diccionario:

«If you say that something is not so much one thing as something else, you mean it is more the second thing» (Cambridge Dictionary).

Traducción: «Más que un muñeco, se trataba de una pequeña obra de arte; la caja registradora de mi cabeza marcó veinte guineas ante la mirada del pierrot de trapo»

Extralingüísticos

- «[...] the pastoral cows were all locked up in the steaming byre, Colin Clout and Hobbinol sucked their pipes by the fireside in pastoral domesticity» (Carter 1995, p. 516).

En este pasaje el narrador introduce a dos personajes en medio de la descripción. Se nos plantea un problema extralingüístico. Después de hacer nuestra búsqueda, encontramos una fuente que habla de estos dos personajes:

Colin Clout era el pseudónimo del poeta inglés renacentista Edmund Spencer, quien a su vez menciona en su obra *The Shepheardes Calender* a Hobbinol, otro pseudónimo para un íntimo amigo suyo. La obra consta de doce églogas que se centran en la vida del pastor Colin Clout durante todos los meses del año (Swannack).

Sabiendo esto, podemos determinar que esta referencia literaria tiene la función de crear una imagen en forma de alegoría que se identifica perfectamente con la descripción del paisaje. Además, sabemos que el narrador es poeta y por ese motivo es importante conservar la referencia, aunque un lector corriente no pueda entenderla si no la busca intencionadamente.

Hay que tener en cuenta que esta referencia vuelve a aparecer más adelante, cerca del final del relato: «And don't you remember the slops and old clothes smell of grandma's kitchen? Colin Clout's come home again, with a vengeance». Optaremos por emplear la misma solución en ambos casos, traducir literalmente con la finalidad de que el lector de la lengua de llegada encuentre el mismo referente literario que el lector de la lengua original.

Traducción: «las vacas de los paisajes pastoriles estaban encerradas en el acogedor establo, Colin Clout y Hobbinol fumaban sus pipas junto a la chimenea en una domesticidad pastoril», «¿No te acuerdas del olor a posos de té y ropa sucia de la cocina de la abuela? Colin Clout volvía a casa, para vengarse.»

Problemas de transferencia

Los problemas de transferencia son aquellos que implican no identificar un elemento en la lengua original que puede llevar a errores en la traducción. El caso más habitual es el de los calcos. Cuando son lingüísticos, se pueden consultar diccionarios de dudas y diccionarios normativos de la lengua de llegada, y también reformular. Cuando son extralingüísticos, se pueden utilizar enciclopedias o textos paralelos, e incluso consultarlos con un hipotético lector del texto traducido.

Lingüísticos

- «as grandma **used to say**» (Carter 1995, p. 515).

Un error frecuente sería traducir esta frase por «como la abuela solía decir», que es la traducción literal. Sin embargo, si nos alejamos del inglés y pensamos en aquello que resultaría más natural en castellano nos damos cuenta que usar el pretérito imperfecto es una opción mucho mejor.

Traducción: «como decía la abuela»

- «Then I was pierced by a beam of light that struck cold green fire from the prisms around me» (Carter 1995, p. 525).

Esta frase que a primera vista no tiene ninguna complicación puede llevar a un problema de reexpresión si no se detecta a tiempo. Si la traducimos literalmente obtenemos esto: «Entonces me atravesó un rayo de luz que prendió un fuego verde y frío en los cristales de mi alrededor». Hay algo que falla, y es que la parte de «los cristales de mi alrededor» pide que se incluya un verbo para que suene más natural.

Traducción: «Entonces me atravesó un rayo de luz que prendió un fuego verde y frío en los cristales esparcidos a mi alrededor.»

- «(all the little girls must have) stayed over for house parties, golf by day, affairs of the heart by night.» (Carter 1995, p. 529).

En este fragmento, nos volvemos encontrar con que la traducción directa no es la solución más adecuada: «se debían haber quedado a dormir después de fiestas en casa, golf durante el día, asuntos del corazón por la noche». Incluyendo verbos en cada una de las actividades de la enumeración cambiamos el tono pero conservamos el significado original.

Traducción: «se habían quedado a dormir después de celebrar fiestas en casa, jugar al golf durante el día, tratar asuntos del corazón por la noche.»

- «The Hon. Frances Brambell», «Seraphine, Duchess of Pyke», «Lady Lucy» (Carter 1995, p. 528).

Los títulos nobiliarios en inglés siempre van en mayúsculas. En español, en cambio, van en minúsculas porque se trata de nombres comunes. Además, los traducimos todos a excepción de «lady», que tiene una connotación propia que «señora» o «dama» no incluye.

Traducción: «La honorable Frances Brambell», «Seraphine, duquesa de Pyke», «lady Lucy»

Problemas de reexpresión

Los problemas de reexpresión son los que aparecen cuando existe un conflicto a la hora de reformular un elemento o expresión de la lengua original que sabemos que en la lengua meta no funciona del mismo modo. Cuando son lingüísticos, sirve consultar obras lexicográficas como diccionarios monolingües, de dudas o de sinónimos, y textos paralelos. Es muy importante desverbalizar, ponerse en la piel del autor y luego en la del lector y cambiar el orden de los elementos, todo con tal de alejarnos del texto original para encontrar la versión más natural posible. Cuando son extralingüísticos, hay que reflexionar sobre el criterio que vamos a aplicar según la función y el destinatario de la traducción.

Lingüísticos

Uno de los puntos que ha creado conflicto a la hora de traducir ha sido el de los términos de origen francés que van apareciendo a lo largo de todo el cuento. En general no es difícil encontrar su significado, pero debemos escoger entre conservar el término y, por tanto, el tono extranjero y poético, o bien adaptarlos al español y permitir al lector la comprensión total del texto.

- «The master of the house had a **pied-à-terre** in London» (Carter 1995, p. 514).

Encontramos esta expresión en diccionarios ingleses.

«a small house or apartment in a city that you own or rent in addition to your main home, where you stay when visiting that city for a short time» (Cambridge Dictionary).

Implica, pues, un registro culto pero no está fuera de lugar. En español, no forma parte del corpus, y es por este motivo que buscaremos un término equivalente.

Traducción: «El dueño de la casa tenía una segunda residencia en Londres»

- «all chic as hell» (Carter 1995, p. 522).

Este fragmento se debe desverbalizar por completo, puesto que la expresión es puramente inglesa y no hay nada parecido en castellano. Sobre el adjetivo «chic», sabemos que es una voz de origen francés pero que ya está incluida en el corpus inglés y también en el español.

chic.

(Del fr. *chic*).

1. adj. Elegante, distinguido, a la moda. (RAE).

No obstante, en este contexto descriptivo es conveniente optar por una palabra de uso más habitual y con un significado más concreto que pueda emplearse como adjetivo para la decoración del interior de la casa.

elegante.

4. adj. Dicho de una cosa o de un lugar: Que revela distinción, refinamiento y buen gusto. (RAE).

En segundo lugar, la forma adj. + as hell se usa como un adjetivo superlativo con una connotación negativa.

Traducción: «todo excesivamente elegante»

Extralingüísticos

- «drink coarse pints of **bitter**» (Carter 1995, p. 515).

Para traducir este fragmento es necesario en primer lugar informarse sobre lo que es exactamente una «bitter».

«Bitter belongs to the *pale ale* style and can have a great variety of strength, flavour and appearance from dark amber to a golden summer ale. It can go under 3% abv - known as *Boys Bitter* - and as high as 7% with *premium* or *strong* bitters. The colour may be controlled by the addition of caramel colouring.» [Bitter (beer), Wikipedia].

Así pues, el problema que nos planteamos es si traducir el nombre, dejarlo en inglés y en cursiva o buscar otra solución. Después de consultar varias fuentes e incluso preguntar a expertos en cerveza llegamos a la conclusión de que no tiene una traducción acuñada, y que, además, no es muy frecuente en España. Si dejamos el nombre en inglés, sin embargo, se podría confundir con la marca de refrescos gaseosos Bitter Kas.

Traducción: «beber vulgares pintas de cerveza»

Reflexión final

Haber llevado a cabo este proyecto ha resultado la forma más clara de poner a prueba unas habilidades en traducción literaria que hasta ahora no había podido desarrollar sobre un texto de una extensión y complejidad tales como el presentado. Durante los cuatro años de grado, me he podido dar cuenta de que se dedican más horas a traducir textos de otra tipología, en los que las palabras o términos son los que dan problemas. En traducción literaria, o editorial, esos problemas radican en el significado y la intención que se oculta tras las palabras.

Aquí no basta con consultar diccionarios, sino que hay que buscar en todo tipo de fuentes, reformular, reflexionar y leer, sobretodo leer. Leer, conocer y comprender lo que se traduce es clave en este ámbito. No es suficiente con que el lector entienda lo que dice si su reacción es distinta a la del lector original, porque ese lector quiere leer una novela, un cuento, un poema o una obra de teatro, nunca quiere leer una traducción.

Es por eso que la traducción orientada a fines editoriales requiere un esfuerzo añadido por parte del traductor para identificarse con el lector, pero también con el autor, y ésta última a veces no resulta tan fácil. Por supuesto, la experiencia se refleja en el resultado de una traducción pero el entusiasmo, la minuciosidad y el gusto por la lectura pueden ser los ingredientes necesarios para empezar en este mundo.

Bibliografía

Obras de Angela Carter en castellano

Amar, trad. de Baldomero Porta, Planeta, 1973.

La mujer sadiana, trad. de Graziella Baravalle, Edhasa, Barcelona, 1981.

Héroes y villanos, trad. de Ana M. Valdevieso, Minotauro, Barcelona, 1989.

Niñas malas, mujeres perversas, trad. de Benito Gómez Ibáñez, Susana Rodríguez Vida, Enrique Hegewicz, Marita Osés, Francesc Parcerisas, Edhasa, Barcelona, 1989.

El doctor Hoffman y las infernales máquinas del deseo, trad. de Carlos Peralta, Minotauro, Barcelona, 1990.

La cámara sangrienta, trad. de Matilde Horne, Minotauro, Barcelona, 1991.

Caperucitas, cenicientas y marisabidillas, trad. de Ángela Pérez, Edhasa, Barcelona, 1992.

La pasión de la nueva Eva, trad. de Matilde Horne, Minotauro, Barcelona, 1993.

Niños sabios, trad. de Matilde Horne, Minotauro, Barcelona, 1993.

Noches en el circo, trad. de Carlos Peralta y Francisco Abalenda, Minotauro, Barcelona, 1994.

Fantásmas de América y maravillas del Viejo Mundo, trad. de Matilde Horne, Minotauro, Barcelona, 1995.

Varias percepciones, trad. de Teresa Gottlieb, Minotauro, Barcelona, 1995.

La juguetería mágica, trad. de Carlos Peralta, Minotauro, Barcelona, 1996.

Venus negra, trad. de Teresa Gottlieb, Minotauro, Barcelona, 1999.

Fuegos de artificio, trad. de Matilde Horne, Minotauro, Barcelona, 1999.

La cámara sangrienta, trad. de Jesús Gómez Gutierrez, Sexto Piso, Madrid, 2014

Obras de Angela Carter en catalán

Sàvies criatures, trad. de Laura Santamaría, Eixample, Barcelona, 1991.

La cambra sagnant, trad. de Cristina Badosa, Proa, Barcelona, 2000.

Diccionarios y obras de referencia

British English Dictionary, Cambridge University Press, 2015,
<http://dictionary.cambridge.org>.

Oxford English Dictionary [en línea], Oxford University Press, 2015,
<http://www.oxforddictionaries.com>.

Gran Diccionario Oxford [cd-rom], Oxford University Press, 2003, 3^a ed.

MARTÍNEZ DE SOUSA, J., *Manual de estilo de la lengua española*, Trea, Oviedo, 1999,
3^a ed.

Merriam-Webster Unabridged Dictionary [cd-rom], Merriam-Webster, 2000, ver.
2.5.

MOLINER, María, *Diccionario de uso del español*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1999, 2^a
ed.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española* [en línea], Espasa-
Calpe, Madrid, 1992, 23^a ed., www.rae.es.

The Collins English Dictionary [en línea], Collins, 2015,
<http://www.collinsdictionary.com/dictionary/english>.

Obras de consulta general

ACOSTA, Leonor, «“Espacios Femeninos de acción”: los relatos de Angela
Carter», Fernández Sánchez, José Francisco (ed.), *Breves e intensos artículos
sobre relatos cortos de autores británicos*, Universidad de Almería, Almería,
2001, pp. 93-107.

ALVAREZ CALLEJA, María Antonia, «La recreación del lenguaje metafórico de Angela Carter», *III Encuentros complutenses en torno a la traducción*, Margit Raders y Julia Sevilla (eds.), Complutense, Madrid, 1993, pp. 253-260.

ANTÓN, Jacinto, «La relación entre sexos ha sido siempre un mal asunto, dice la escritora Angela Carter», *El País* [en línea], 21/06/1990,
<http://elpais.com/diario/1990/06/21/cultura/645919208_850215.html>. [Consulta: 24/05/2015.]

CARTER, Angela, *Burning Your Boats*, Vintage, Londres, 1995.

D'AGOSTINO, Doménico, «“El arte como necesidad”: La cámara sangrienta de Angela Carter», en Mercedes Arriaga Flórez et al. (eds.), *Escritoras y pensadoras europeas*, ArCiBel, Universidad Internacional de Andalucía, Andalucía, 2007, pp. 237-248. Disponible en internet:
<<https://books.google.es/books?id=FpUZ716RiGAC&hl>>. [Consulta: 2/06/2015.]

«“Angela Carter”: Clever, sexy, funny, scary», *The Independent* [en línea], 22/01/2006,
<<http://www.independent.co.uk/arts-entertainment/books/features/angela-carter-clever-sexy-funny-scary-524246.html>> [Consulta: 11/05/2015.]

«“Angela Carter”: Glam rock feminist», *The Independent* [en línea], 25/06/2006,
<<http://www.independent.co.uk/arts-entertainment/books/features/angela-carter-glam-rock-feminist-405447.html>>. [Consulta: 11/05/2015.]

«Bitter (beer)», *Wikipedia* [en línea],
<[http://en.wikipedia.org/wiki/Bitter_\(beer\)](http://en.wikipedia.org/wiki/Bitter_(beer))>. [Consulta: 10/01/2015.]

DAMIÁN MIRAVETE, Gabriela, «Angela Carter: el aullido de la doncella», *Letras Libres*, Vuelta, Madrid, septiembre de 2014. Disponible en internet:
<<http://www.letraslibres.com/revista/letrillas/angela-carter-el-aullido-de-la-doncella>>. [Consulta: 5/02/2015.]

«“Angela Carter”: Biography», *European Graduate School* [en línea],
<<http://www.egs.edu/library/angela-carter/biography>>. [Consulta: 18/05/2015.]

HAFFENDEN, John, *Novelists in Interview*, Methuen, London, 1985.

JOFRE, Montserrat, «Angela Carter o la memoria literaria», *Lectora: revista de dones i textualitat*, 1, 1995. Disponible en internet:
<<http://www.raco.cat/index.php/Lectora/article/viewFile/211039/280670>>. [Consulta: 14/04/2015.]

OBIOLS, Isabel, «Proa publica la primera traducción al catalán de una obra de Angela Carter», *El País* [en línea], 20/04/2000
<http://elpais.com/diario/2000/04/20/catalunya/956192855_850215.html>. [Consulta: 24/05/2015.]

OROZCO JUTORÁN, Mariana, *Metodología de la traducción directa del inglés al español: Materiales didácticos para la traducción general y especializada*, Comares, Granada, 2012.

SWANNACK, Frank I., «Who is Hobbinol?», *Hobbinol's Blog: Writing the English Renaissance* [en línea], <<https://hobbinol.wordpress.com/who-is-hobbinol>>. [Consulta: 21/02/2015.]

VANDERMEER, Jeff y Ann VanderMeer (eds.), *The Weird: A Compendium of Strange and Dark Stories*, Corvus, Londres, 2011.

Anexo: Cuento original

The Snow Pavilion

The motor stalled in the middle of a snowy landscape, lodged in a rut, wouldn't budge an inch. How I swore! I'd planned to be snug in front of a roaring fire, by now, a single malt on the mahogany wine-table (a connoisseur's piece) beside me, the five courses of Melissa's dinner savourously aromatising the kitchen; to complete the decor, a labrador retriever's head laid on my knee as trustingly as if I were indeed a country gentleman and lolled by rights among the chintz. After dinner, before I read our customary pre-coital poetry aloud to her, my elegant and accomplished mistress, also a connoisseur's piece, might play the piano for her part-time pasha while I sipped black, acrid coffee from her precious little cups.

Melissa was rich, beautiful and rather older than I. The servants slipped me looks of sly complicity; no matter how carefully I rumpled my sheets, they knew when a bed hadn't been slept in. The master of the house had a pied-a-terre in London when the House was sitting and the House was sitting tight. I'd met him only once, at the same dinner party where I'd met her -- he'd been off-hand with me, gruff. I was young and handsome and full of promise; my relations with husbands rarely prospered. Wives were quite another matter. Women, as Mayakovosky justly opined, are very partial to poets.

And now her glamorous motor car had broken down in the snow. I'd borrowed it for a trip to Oxford, ostensibly to buy books, utilising, with my instinctual cunning, the weather as an excuse. Last night, the old woman had been shaking her mattress with a vengeance -- such snow! When I woke up the bedroom was full of luminous snow light, catching in the coils of Melissa's honey-coloured hair, and I'd experienced, once again, but, this time, almost uncontrollably, the sense of claustrophobia that sometimes afflicted me when I was with her.

I'd said, let's read some snowy poetry together, after dinner tonight, Melissa, a tribute of white verses to the iconography of the weather. Any excuse, no matter how far fetched, to get her out of the house -- too much luxury on an empty stomach, that was the trouble. Always the same eyes too big for his belly, as grandma used to say; grandma spotted the trait when this little fellow lisped and toddled and pissed the bed before he knew what luxury was, even. Cultural indigestion, I tell you, the gripe in the bowels of your spirit.

How can I get out of here, away from her subtly flawed antique mirrors, her French perfume decanted into eighteenth-century crystal bottles, her inscrutably smirking ancestresses in their gilt, oval frames? And her dolls, worst of all, her blasted dolls.

Those dolls that had never have been played with, her fine collection of antique women, part of the apparatus of Melissa's charm, her piquant originality that lay well on the safe side of quaint. A dozen or so of the finest lived in her bedroom in a glass-fronted, satinwood cabinet lavishly equipped with such toyland artefacts and miniature sofas and teeny-tiny grand pianos. They had heads made of moulded porcelain, each dimple and bee-stung underlip sculpted with loving care. Their wigs and over-lifelike eyelashes were made of real hair. She told me their eyes had been manufactured by the same craftsman in glass who made those terribly precious paperweights filled with magic snowstorms. Whenever I woke up in Melissa's bed, the first thing I saw were a dozen pairs of shining eyes that seemed to gleam wetly, as if in lacrimonious accusation of my presence there, for the dolls, like Melissa, were perfect ladies and I, in my upwardly social mobile nakedness -- a nakedness that was, indeed, the essential battledress for such storm-troopers as I! -- patently no gentleman.

After three days of that kind of style, I badly needed to sit in a public bar, drink coarse pints of bitter, swap double entendres with the barmaid; but I could hardly tell milady that. Instead, I must use my vocation to justify my day off. Lend me the car, Melissa, so that I can drive to Oxford and buy a book of snowy verses, since there's no such book in the house. And I'd made my purchase and managed to fit in my bread, cheese and badinage as well. A good day. Then, almost home again and here I was, stuck fast.

The fields were all brim-full of snow and the dark sky of late afternoon already swollen and discoloured with the next fall. Flocks of crows wheeled endlessly upon the invisible carousels of the upper air, occasionally emitting a rusty caw. A glance beneath the bonnet showed me only that I did not know what was wrong and must get out to trudge along a lane where the mauve shadows told me snow and the night would arrive together. My breath smoked. I wound Melissa's husband's muffler round my neck and dug my fists into his sheepskin pockets; his borrowed coat kept me snug and warm although the cold made the nerves in my forehead hum with a thin, high sound like that of the wind in telephone wires.

The leafless trees, the hillside quilted by intersections of dry-stone walling -- all had been subdued to monochrome by the severity of last night's blizzard. Snow clogged every sound but that of the ironic punctuation of the crows. No sign of another presence; the pastoral cows were all locked up in the steaming byre, Colin Clout and Hobbinol sucked their pipes by the fireside in pastoral domesticity. Who would be outside, today, when he could be warm and dry, inside.

Too white. It is too white, out. Silence and whiteness at such a pitch of twinned intensity you know what it must be like to live in a country where snow is not a charming, since infrequent, visitor that puts its cold garlands on the trees so prettily we think they are playing at blossoming. (What an aptly fragile simile, with its Botticellian nuance. I congratulated myself.) No. Today is as cold as the killing cold of the perpetually white countries; today's atrocious candour is that of those white freckles that are the stigmata of frostbite.

My sensibility, the exquisite sensibility of a minor poet, tingled and crisped at the sight of so much whiteness.

I was certain that soon I'd come to a village where I could telephone Melissa; then she would send the village taxi for me. But the snow-fields now glimmered spectrally in an ever-thickening light and still there was no sign of life about me in the whole, white world but for the helmeted crows creaking down towards their nests.

Then I came to a pair of wrought-iron gates standing open on a drive. There must be some mansion or other at the end of the drive that would offer me shelter and, if they were half as rich as they ought to be, to live in such style, then they would certainly know Melissa and might even have me driven back to her by their own chauffeur in a warm car that would smell deliciously of new leather. I was sure they must be rich, the country side was lousy with the rich; hadn't I flattened a brace of pheasants on my way to Oxford? Encouraged, I turned in between the gate-posts, on which snarled iron gryphons sporting circumcision caps of snow.

The drive wound through an elm copse where the upper limbs of the bare trees were clogged with beastly lice of old crows' nests. I could tell that nobody had come this way since the snow fell, for only rabbit slots and the cuneiform prints of birds marked surfaces already crisping with frost. The drive took me uphill. My shoes and trouser bottoms were already wet through; it grew darker, colder and the old woman must have given her mattress a

tentative shake or two, again, for a few more flakes drifted down and caught on my eyelashes so I first saw that house through a dazzle as of unshed tears, although, I assure you, I was out of the habit of crying.

I had reached the brow of a hill. Before me, in a hollow, magically surrounded by a snowy formal garden, lay a jewel of a mansion in a voluptuous style of English renaissance and every one of its windows blazed with light. I imagined myself describing it to Melissa- 'a vista like visible Debussy'. Enchanting. But, though lights streamed out in every direction, all was silent except for the crackling of the frosty trees. Lights and frost; in the winter sky above me, stars were coming out. Especially for my cultured patroness, I made an elision of the stars in the mansion of the heavens and the lights of the great house. So who was it, this snowy afternoon, who'd bagged a triad of fine images for her? Why, her clever boy! How pleased she'd be. And now I could declare the image factory closed for the day and get on with the real business of living, the experience of which that lovely house seemed to promise me in such abundance.

Yet, since the place was so well lit, the front door at the top of the serpentine staircase left open as for expected guests, why were there still no traces of arrivals or departures in the snow on which my footprints extended backwards to the lane and Melissa's abandoned car? And no figures to be glimpsed through any window, nor sound of life at all?

The vast empty hall serenely dominated by an immense chandelier, the faceted pendants of which chinked faintly in the currents of warm air and stippled with shifting, prismatic shadows walls wreathed in white stucco. This chandelier intimidated me, like too grand a butler but, all the same, I found the bellpull and tugged it. Somewhere inside a full-mouthed bell tolled; its reverberations set the chandelier a-tinkle but even when everything settled down again, nobody came.

I hauled again on the bellpull; still no reply, but a sudden wind blew a flurry of snow or sleet around me into the hall. The chandelier rocked musically in the draught. Behind me, outside, the air was full of the taste of snow -- the storm was about to begin again. Nothing for it but to step bravely over the indifferent threshold and stamp my feet on the doormat with enough eclat to announce my arrival to the entire ground floor.

It was by far the most magnificent house I'd ever seen, and warm, so warm my frozen fingers throbbed. Yet all was white inside as the night outside,

white walls, white paint, white drapes and a faint perfume everywhere, as though many rich women in beautiful dresses had drifted through the hall on their way to drinks before dinner, leaving behind them their spoor of musk and civet. The very air, here, mimicked the caress of their naked arms, intimate, voluptuous, rare.

My nostrils flared and quivered. I should have liked to have made love to every one of those lovely beings whose presence here was most poignant in her absence; it was a house built and furnished only for pleasure, for the indulgence of the flesh, for elegant concupiscence. I felt like Mignon in the land of the lemon trees; this is the place where I would like to live. I screwed up sufficient wincing courage to shout out: 'Anyone at home?' But only the chandelier tinkled in reply.

Then, a sudden creak behind me; I spun round to see the door swing to on its hinges with a soft, inexorable click. At that, the chandelier above me seemed to titter uncontrollably, as if with glee to see me locked in.

It is the wind, only the wind. Try to believe it is only the wind that blew the door shut behind you, keep a strong hold on that imagination of yours. Stop that shaking, all at once uneasy; walk slowly to the door, don't look nervous. It is the wind. Or else -- perhaps -- a trick of the owners, a practical joke. I grasped the notion gratefully. I knew the rich loved practical jokes.

But as soon as I realised it must be a practical joke, I knew I was not alone in the house because its apparent emptiness was all part of the joke. Then I exchanged one kind of unease for another. I became terribly self-conscious. Now I must watch my step; whatever happened, I must look as if I knew how to play the game in which I found myself. I tried the door but I was locked firmly in, of course. In spite of myself, I felt a faint panic, stifled it. . . No, you are *not* at their mercy.

The hall remained perfectly empty. Closed doors on either side of me; the staircase swept up to an empty landing. Am I to meet my hosts in embarrassment and humiliation, will they all come bouncing -- 'boo!' -- out of hidey holes in the panelling, from behind sweeping curtains to make fun of me? A huge mirror behind an extravagant arrangement of arum lilies showed me a poor poet not altogether convincingly rigged out in borrowed country squire's gear. I thought, how pinched and pale my face looks; a face that's eaten too much bread and margarine in its time. Come, now, liven up! You left bread and margarine behind you long ago, at grandma's house. Now you are a house-

guest of the Lady Melissa. Your car has just broken down in the lane; you are looking for assistance.

Then, to my relief but also my increased disquiet, I saw a face behind my own, reflected, like mine, in the mirror. She must have known I could spy her, peeking at me behind my back. It was a pale, soft, pretty face, streaming blonde hair, and it sprang out quite suddenly from the reflections of the backs of the lilies. But when I turned, she -- young, tricksy, fleet of foot -- was gone already, though I could have sworn I heard a carillon of giggles, unless my sharp, startled movement had disturbed the chandelier, again.

This fleeting apparition let me know for sure I was observed. ('How amusing, a game of hide-and-seek. All the same, do you think, perhaps, the chauffeur could...') With the sullen knowledge of myself as appointed clown, I opened the first door I came to on the ground floor, expecting to discover my tittering audience awaiting me.

It was perfectly empty.

A white on white reception room, all bleached, all pale, sidetables of glass and chrome, artefacts of white lacquer, upholstery of thick, white velvet. Company was expected; there were decanters, bowls of ice, dishes of nuts and olives. I was tempted to swallow a cut-glass tumbler full of something-or-other, to snatch a handful of salted almonds -- I was parched and starving, only that pub sandwich since breakfast. But it would never do to be caught in the act by the fair-haired girl I'd glimpsed in the hall. Look, she's left her doll behind her, forgotten in the deep cushioning of an armchair.

How the rich indulge their children! Not a doll so much as a little work of art; the cash register at the back of my mind rang up twenty guineas at the sight of this floppy Pierrot with his skull-cap, his white satin pyjamas with the black buttons down the front, all complete, and that authentic pout of comic sadness on his fine china face. *Mon ami Pierrot*, poor old fellow, limp limbs adangle, all anguished sensibility and no moral fibre. I know how you feel. But, as I exchanged my glance of pitying complicity with him, there came a sharp, melodious twang like a note from an imperious tuning fork, from beyond the half-open double doors. After a startled moment, I sprang into the dining room, summoned.

I had never seen anything like that dining room, except at the movies -- not even at the dinner where I'd met Melissa. Fifteen covers laid out on a tongue-shaped spit of glass; but I hardly had time to take in the splendour of

the fine china, the lead crystal, because the door into the hall still swung on its hinges and I knew I had missed her by seconds. So the daughter of the house is indeed playing 'catch' with me; and where has she got to, now?

Soft, softly on the white carpets; I leave deep prints behind me but do not make a sound. And still no sign of life, only the pale shadows of the candles; yet, somehow, everywhere a sense of hushed expectancy, as of the night before Christmas.

Then I heard a patter of running footsteps. But these footsteps came from a part of the house where no carpets muffled them, somewhere high above me. As I poised, ears a-twitch, there came from upstairs or downstairs, or milady's chamber, a spring of thin, high laughter agitating the chandeliers; then the sound of many, many running feet overhead. For a moment, the whole house seemed to tremble with unseen movement; then, just as suddenly, all was silent again.

I resolutely set myself to search the upper rooms.

All these rooms were quite empty. But my always nascent paranoia, now tingling at the tip of every nerve, assured me they had all been vacated the very moment I entered them. Every now and then, as I made my increasingly grim-faced tour of the house, I heard bursts of all kinds of delicious merriments but never from the room next to the one in which I stood. These voices started and stopped as if switched on and off and, of course, were part and parcel of the joke; this joke was my unease. In what, by its size and luxury, must have been the master bedroom, the polar bearskin rug thrown over the bed was warm and rumpled as if someone had just been lying there and now hid, perhaps, in the ivorine wardrobe, enjoying my perplexity. And I could have wrecked their fun if only -- if only! -- I had the courage to fling open the pale doors and catch my reluctant hosts crouching, as I thought, among the couture. But I did not dare do that.

The staircarpets gave way to scrubbed boards and still I had not seen anything living except the possibility of a face in the mirror, although the entire house was full of evidence of life. These upper floors were dimly lit, only single lights in holders at intervals along the walls, but one door was standing open and light spilled out onto the passage, like an invitation.

A good fire glowed in a neat little range where nightclothes were warming on the brass fender. I felt a sudden, sharp pang of disappointment to find her trail lead me to the nursery; I had been duped of all the fleshly

adventures the house had promised me and that, damn them, must be part of the joke, too. All the same, if I indulged the fancy of the child I'd seen in the mirror, perhaps I might engage the fancy of her mother, who must be still young enough to enjoy the caress of a bearskin bedstead; and not, I'd be bound, inimical to poetry, either.

This mother, who had condemned even the nursery to whiteness, white walls, white painted furniture, white rug, white curtains, all chic as hell. Even the child had been made a slave to fashion. Yet, though the nursery itself had succumbed to the interior designer's snowdrift that had engulfed the entire house, its inhabitants had not. I'd never seen so many dolls before, not even in Melissa's cabinet, and all quite exquisite, as if they'd just come from the shop, although some of them must be older than I was. How Melissa would have loved them!

Dolls sat on shelves with their legs stuck out before them, dolls spilled from toychessts. Fine ladies in taffeta bustles and French hats, babies in every gradation of cuteness. A limp-limbed, golden-haired creature in pink satin sprawled as if in sensual abandon on the rug in front of the fire. A wonderfully elaborate lady in a kitsch Victorian pelisse of maroon silk, with brown hair under a feather straw bonnet, lay in an armchair by the fire with as proprietorial an air as if the room belonged to her. A delicious lass in a purple velvet riding habit occupied the saddle of the wonderful albino rocking horse.

Now at last I was surrounded by beautiful women and they were dumb repositories of all the lively colours that had been exiled from the place, vivid as a hot-house, but none of them existed, all were mute, were fictions and that multitude of glass eyes, like tears congealed in time, made me feel very lonely.

Outside, the snow flurried against the windows; the storm had begun in earnest. Inside, there was still one threshold left to cross. I guessed she would be there, waiting for me, whoever she was, although I hesitated, if only momentarily, before the door that lead to the night nursery, as if unseen gryphons might guard it.

Faint glow of a night light on the mantelpiece; a dim tranquillity, here, where the air is full of the warm, pale smells of childhood, of clean hair, of soap, of talcum powder, the incenses of her sanctuary. And the moment I entered the night nursery, I could hear her transparent breathing; she had hardly hidden herself at all, not even pulled the covers of her white-enamelled crib around her. I had taken the game seriously but she, its instigator, had not; she had

fallen fast asleep in the middle of it, her eyelids buttoned down, her long, blonde, patrician hair streaming over the pillow.

She wore a white, fragile, lace smock and her long, white stockings were fine as the smoky breath of a winter's morning. She had kicked off her white kid sandals. This little hunter, this little quarry, lay curled up with her thumb wedged, baby-like, in her mouth.

The wind yowled in the chimney and snow pelted the window. The curtains were not yet drawn so I closed them for her and at once the room denied tempest, so I could have thought I had been snug all my life. Weariness came over me; I sank down in the basketwork chair by her bed. I was loath to leave the company of the only living thing I'd found in the mansion and even if Nanny brusquely stormed in to interrogate me, I reassured myself that she must know how fond her little charge was of hide-and-seek indeed, must have been in complicity with the game, to let me wander about the nursery suite in this unconventional fashion. And if Mummy came in, now, for goodnight kisses? Well so much the better; I should be discovered demonstrating the tenderness of a poet at the cradle of a child.

If nobody came? I would endure the anti-climax; I'd just take the weight off my feet for a while, and then slip out. Yet I must admit I felt a touch of disappointment as time passed and I was forced reluctantly to abandon all hope of an invitation to dinner. They'd forgotten all about me! Careless even of their own games, they had left off playing in the middle of the chase, just as the child had done, and retired into the immutable privacy of the rich. I promised myself that at least I'd help myself to half a tumbler of good whisky on my way out, to see me warmly back to the lane and the stark trudge home.

The child stirred in her sleep and muttered indecipherably. Her fists clenched and unclenched. Her cheeks were delicately flushed a pale, luminous pink. Such skin -- the fine texture of childhood, the incomparable down of skin that has never gone out in the cold. The more I watched beside her, the frailer she looked, the more transparent. I had never, in my life before, watched beside a sleeping child. The milky smell of innocence and sentiment suffused the night nursery.

I had anticipated, I suppose, some sort of gratified lust from this game of hide-and-seek through the mansion if not the satisfaction of lust of the flesh, then that of lust of the spirit, of vanity; but the more I mimicked tenderness

towards the sleeper, the more tender I became. Oh, my shabby-sordid life! I thought. How she, in her untouched sleep, judges me.

Yet she was not a peaceful sleeper. She twitched like a dog dreaming of rabbits and sometimes she moaned. She snuffled constantly and then, quite loudly, coughed. The cough rumbled in her narrow chest for a long time and it struck me that the child, so pale and sleeping with such racked exhaustion, was a sick child. A sick, spoiled little girl who ruled the household with a whim, and yet, poor little tyrant, went unloved; they must have been glad she had dropped off to sleep, so they could abandon the game she had forced them to play. She had fairy-tale, flaxen hair and eyelids so delicate the eyes beneath them almost showed glowing through; and if, indeed, it had been she who secreted all the grumbling grown-ups in their wardrobes and bathrooms and wound me through the house on an invisible spool towards her, well, I could scarcely begrudge her her fun. And her game had been as much with those grown-ups as it had been with me; hadn't she tidied them all away as if they'd been dolls she'd stowed in the huge toychest of this exquisite house?

When I thought of that, I went so far in forgiveness as to stroke her eggshell cheek with my finger. Her skin was soft as plumage of snow and sensitive as that of the princess in the story of the princess and the pea; when I touched her, she stirred. She shrugged away from my touch, muttering, and rolled over uneasily. As she did so, a gleaming bundle slithered from between her covers on to the floor, banging its china head on the scrubbed linoleum.

She must have tiptoed down to collect her forgotten doll while I went prowling about the bedrooms. Here he was again, her Pierrot in his shining white pyjamas, her little friend. Perhaps her only friend. I bent to pick him up from the floor for her and, as I did so, something caught the light and glittered at the corner of his huge, tragic, glass eye. A sequin? A brilliant? The moon is your country, old chap; perhaps they've put stars in your eyes for you.

I looked more closely.

It was wet.

It was a tear.

Then I felt a succinct blow on the back of my neck, so sudden, so powerful, so unexpected that I felt only a vague astonishment as I pitched forward on my face into a black vanishment.



When I opened my eyes, I saw a troubled absence of light around me; when I tried to move, a dozen little daggers serrated me. It was terribly cold and I was lying on, yes, marble, as if I was already dead, and I was trapped inside a little hill of broken glass inside the wet carapace of Melissa's husband's sheepskin coat that was sodden with melting snow.

After a few, careful, agonising twitches, I thought it best to stay quite still in this dank, lightless hall where the snow drove in through an open door whose outline I could dimly see against the white night outside. Slow as a dream, the door shifted back and forth on rusty hinges with a raucous, mechanical, monotonous caw, like that of crows.

I tried to piece together what had happened to me. I guessed I lay on the floor of the hall of the house I could have sworn I'd just explored, though I could see very little of its interior in the ghostly light -- but all must once have been painted white, though now sadly and obscenely scribbled over by rude village boys with paint and chalks. The despoiled pallor reflected itself in a cracked mirror of immense size on the wall.

Perhaps I had been trapped by the fall of a chandelier. Certainly, I had been caught in the half-shattered glass viscera of the chandelier that I thought I'd just seen multiplying its reflections in another hall than the one in which I lay and every bone in my body ached and throbbed. If time had loosened the chandelier from its moorings in the flaking plaster above me, the chandelier might very well have come tumbling down on me as I sheltered from the storm that howled and gibbered around the house but then it might have killed me and I knew by my throbbing bruises that I was still alive. But had I not just walked through this very hall when it was warm and perfumed and suave with money? Or had I not.

Then I was pierced by a beam of light that struck cold green fire from the prisms around me. The invisible behind the flashlight addressed me unceremoniously in a cracked, old woman's voice, a crone's voice. Who be you? What be you up to?

Trapped in the splintered glass, the splintered light, I told her how my car had broken down in the snow and I had come here for assistance. This alibi now seemed to me a very feeble one.

I could not see the old woman at all, could not even make out her vague shape behind the light, but I told her I was staying with the Lady Melissa, to impress her old country crone's snobbery. She exclaimed and muttered when she heard Melissa's name; when she spoke again, her manner was almost excessively conciliatory. She has to be careful, poor old woman, all alone in the house; thieves come for lead from the roof and young couples up to no good come and so on and on. But, if I am the Lady Melissa's guest, then she is sure it is perfectly all right for me to shelter here. No, there is no telephone. I must wait here till the storm dies down. The new snow will have blocked the lane by now -- we are quite cut off! she says; and titters.

I must follow her carefully, walk this way; she gives me a hand out of the mess, so much broken glass. . . take care. What a crash, when the chandelier came down! You'd have thought the world had come to an end. Come with her, she has her rooms; she is quite cosy, sir, with a roaring fire. (What weather, eh?)

She lit me solicitously out of the glass trap and took me past our phantoms moving like deep sea fish in the choked depths of the mirror; up the stairs we went, through the ruins of the house I thought I had explored in my waking faint or system of linked hallucinations, snow induced, or, perhaps, induced by a mild concussion. For I am shaky and a little nauseous; I grasp the banisters too tight.

The doors shudder on their hinges. I glimpse rooms with the furniture spookily shrouded in white sheets but the beam of her torch does not linger on anything; her carpet slippers go flipperty-flopperty, flipperty-flopperty, she is an intrepid negotiator of the shadows. And still I cannot see her clearly, although I hear the rustle of her dress and smell her musty, frowsty, second-hand clothes store, typical crone smell, like grandma's smell, smell of my childhood women.

She has, of course, ensconced herself in the nursery. And how I gasped, in my mild fever, to see so many dolls had set up camp in this decay!

Dolls everywhere higgledy-piggledy, dolls thrust down the sides of chairs, dolls spilled out of tea chests, dolls propped up on the mantelpiece with blank, battered faces. Had she gathered all the dolls of all the departed daughters of the house here, around her, for company? The dolls stared at me dumbly from glass eyes that might hold in suspension the magic snow-storm that trapped me here; I felt I was the cynosure of all their blind eyes.

And have I indeed met any of these now moth-gnawed creatures in this room before? When I first fainted in the hall, did I fall back in time to encounter on a white beach of years ago this young lady, whose heavy head drops forward on her bosom since her limp body has lost too much sawdust to continue to support it? The struts of her satin crinoline, stove in like a broken umbrella. Her blousy neighbour's dark red silk dress has faded to a thin pink but she has not lost her parasol because it had been sewn to her hand and her straw bonnet with the draggled feathers still hangs by a few threads from the brunette wig now awry on a china scalp. And I almost tripped over a poor corpse on the floor in a purplish jacket of balding velvet, her worn, wax face raddled with age, only a few strands left of all that honey-coloured hair...

Yet if any of the denizens of that imaginary nursery were visiting this one, slipped out of my dream through a warp of the imagination, then I couldn't recognise them, thank God, among the dolls half loved to death and now scattered about a room whose present owner had consecrated it to a geriatric cosiness. Nevertheless, I felt a certain sense of disquiet, not so much fear as foreboding; but I was too preoccupied with my physical discomfort, my horrid aches, pains and scratches, to pay much attention to a prickling of the nerves.

And in the old woman's room, all was as comforting as a glowing fire, a steaming kettle could make it, even if eldritchly illuminated by a candle stuck in its own grease on to the mantelpiece. The very homeliness of the room went some way towards restoring my battered spirits and the crone made me very welcome, hustled me out of the sheepskin coat with almost as much solicitude as if she knew who it belonged to, set me down in an armchair. In its red plush death-throes, this armchair looked nothing like those bleached, remembered splendours; I told myself the snow had got into my eyes and brain. The old woman crouched down to take off my wet shoes for me; poured me thick, rich tea from her ever-ready pot; cut me a slice of dark gingerbread that she kept in an old biscuit tin with a picture of kittens on the lid. No spook or phantom could have had a hand in the making of that sagging, treacly, indigestible goody! I felt better, already; outside, the blizzard might rage but I was safe and warm, inside, even if in the company of an authentic crone.

For such she undeniably was, bent almost to a hoop with age, salt and pepper hair skewered up on top of her head with tortoiseshell pins, a face so eroded with wrinkles it was hard to tell whether she was smiling or not. She and her quarters had not seen soap and water for a long time and the lingering, sour, rank odour of uncaredforlessness faintly repelled me but the tea went down

like blood. And don't you remember the slops and old clothes smell of grandma's kitchen? Colin Clout's come home again, with a vengeance.

She poured tea for herself and perched on top of the pile of old newspapers and discarded clothing that cushioned her own chair at the other side of the fire, to sip from her cup and chatter about the violence of the weather whilst I went on thawing myself out, eyeing -- nervously, I must admit -- the dolls propped on every flat surface, the roomful of bedizened raggle-taggles.

When she saw me looking at the dolls, she said: 'I see you're admiring my beauties.' Meanwhile, snow drove against the curtainless window-panes like furious birds and blasts echoed through the house. The old woman thrust her empty cup away in the grate, all at once moved as if by a sudden sense of purpose; I saw I must pay in kind for my kind reception, I must give her a piece of undivided attention. She scooped up an armful of dolls and began to introduce them to me one by one. Dotty. Quite dotty, poor old thing.

The Hon. Frances Brambell had one eye out and her bell-shaped, satin skirt had collapsed but she must have been a pretty acquisition to the toy cupboard in her day; time, however, has its revenges, the three divorces, the voluntary exile in Morocco, the hashish, the gigolos, the slow erosion of her beauty. . . how it made the old woman chuckle! But how enchanting the girl had looked when she was presented, the ostrich feathers nodding above her curls! I looked from the old woman to the doll and back again; now the crone was animated, a thick track of spittle descended her chin. With an ironic laugh, she tossed the Hon. Frances Brambell to one side; the china head bounced off the wall and her limbs jerked a little before she lay still on the floor.

Seraphine, Duchess of Pyke, wore faded maroon silk and what had once been a feathered hat. She hailed, initially, from Paris and still possessed a certain style, even in her old age, although the Duchess had been by no means a model of propriety and, even if she carried off her acquired rank to the manner born, there is no more perfect a lady than one who is no better than she should be, suggested the old woman. In a paroxysm of wheezing laughter, she cast the Duchess and her pretensions on top of the Hon. Frances Brambell and told me now I must meet Lady Lucy, ah! she would be a marchioness when she inherited but had been infected with moth in her most sensitive parts and grown emaciated, in spite of her pretty velvet riding habit. She always wore purple, the colour of passion. The sins of the fathers, insinuated this gossipy

harridan, a congenital affliction. . . the future held in store for the poor girl only clinics, sanatoria, a wheel-chair, dementia, premature death.

Each doll's murky history was unfolded to me; the old woman picked them up and dismissed them with such confident authority I soon realised she knew all the little girls whose names she'd given to the dolls intimately. She must have been the nanny here, I thought; and stayed on after the family all left the sinking ship, after her last charge, that little daughter who might, might she not? have looked just like my imaginary blonde heiress, ran off with a virile but uncouth chauffeur, or, perhaps, the black saxophonist in the dance band of an ocean liner. And the retainer inherited the desuetude. In the old days, she must have wiped their pretty noses for them, cut their bread and butter into piano keys for them. . . all the little girls must once have played in this very nursery, come for tea with the young mistress, gone out riding on ponies, grown up to come to dances in wonderful dresses, stayed over for house parties, golf by day, affairs of the heart by night. Had my Melissa, herself, danced here, perhaps, in her unimaginable adolescence?

I thought of all the beautiful women with round, bare shoulders discreet as pearls going in to dinner in dresses as brilliant as the hot-house flowers that surrounded them, handsomely set off by the dinner-jackets of their partners, though they would have been far more finely accessorised by me -- women who had once filled the whole house with that ineffable perfume of sex and luxury that drew me greedily to Melissa's bed. And time, now, frosting those lovely faces, the years falling on their head like snow.

The wind howled, the logs hissed in the grate. The crone began to yawn and so did I. I can easily curl up in this armchair beside the fire; I'm half asleep already -- please don't trouble yourself. But, no; I must have the bed, she said.

You shall sleep in the bed.

And, with that, cackled furiously, jolting me from my bitter-sweet reverie. Her rheumy eyes flashed; I was stricken with the ghastly notion she wanted to sacrifice me to some aged lust of hers as the price of my night's lodging but I said: 'Oh, I can't possibly take your bed, please no!' But her only reply was to cackle again.

When she rose to her feet, she looked far taller than she had been, she towered over me. Now, mysteriously, she resumed her old authority; her word was law in the nursery. She grasped my wrist in a hold like lockjaw and

dragged me, weakly protesting, to the door that I knew, with a shock of perfect recognition, led to the night nursery.

I was cruelly precipitated back into the heart of my dream.

Beyond the door, on the threshold of which I stumbled, all was as it had been before, as if the night nursery were the changeless, unvaryingly eye of the storm and its whiteness that of a place beyond the spectrum of colours. The same scent of washed hair, the dim tranquillity of the night light. The white-enamelled crib, with its dreaming occupant. The storm crooned a lullaby; the little heiress of the snow pavilion had eyelids like carved alabaster that hold the light in a luminous cup, but she was a flawed jewel, this one, a shattered replica, a drawing that has been scribbled over, and, for the first time in all that night, I felt a pure fear.

The old woman softly approached her charge, and plucked an object, some floppy, cloth thing, from between the covers, where it had lain in the child's pale arms. And this object she, cackling again with obscure glee, handed to me as ceremoniously as if it were a present from a Christmas tree. I jumped when I touched Pierrot, as if there were an electric charge in his satin pyjamas.

He was still crying. Fascinated, fearful, I touched the shining teardrop pendant on his cheek and licked my finger. Salt. Another tear welled up from the glass eye to replace the one I had stolen, then another, and another. Until the eyelids quivered and closed. I had seen his face before, a face that had eaten too much bread and margarine in its time. A magic snow-storm blinded my eyes; I wept, too.

Tell Melissa the image factory is bankrupt, grandma.

Diffuse, ironic benediction of the night light. The sleeping child extended her warm, sticky hand to grasp mine; in a terror of consolation, I took her in my arms, in spite of her impetigo, her lice, her stench of wet sheets.

